

Entre tanto, la época de la siembra se aproximaba con más rapidez de lo que don Gervasio quería, y sus tierras no estaban siquiera labradas, ni era posible, por consiguiente, depositar en ellas el grano de oro del agricultor. Su ruina era, pues, inevitable, pensamiento que lo abrumaba; y luchando contra su desgracia y su impotencia, pasaba las noches en blanco, al par que su naturaleza fuerte, sana y robusta se resentía con tantas cavilaciones y vigiliás.

Los campos de las granjas y chacras del contorno se encontraban, en cambio, limpias de abrojos y *yuyos* malos, aradas y rastreadas las tierras dispuestas a recibir en su seno la bienhechora semilla que germinando proporcionaría a sus vecinos la dicha y riqueza que ese año, por desgracia, no brillarían para él.

Cuando todo esto observaba desde la puerta de su rancho y en su negro porvenir meditaba, caía en un estado de profunda tristeza, el abatimiento se apoderaba de él y, aunque no se entregaba en brazos de la desesperación, gruesas lágrimas corrían por sus mejillas tostadas por el aire de los campos.

Así transcurrieron los días y las semanas; los enfermos mejorando lentamente, más debido a los prolijos cuidados de don Gervasio que a la eficacia de las medicinas; éste sumergido en el profundo mar de los negros pensamientos que surgían de su irremediable infortunio; el tiempo avanzando a pasos agigantados, y la tierra convertida en un abrojal.

Pero, cierto día, los vecinos de don Gervasio, en número de cincuenta, invaden sin previo aviso su campo y, bien provistos de potentes bueyes, fuertes arados y demás útiles de labranza, proceden sin dilación a limpiar minuciosamente la tierra, a ararla y, sin más preámbulo, a sembrarla con cincuenta fanegas de trigo, haciendo en breves horas la misma cantidad de trabajo que el buen campesino en compañía de sus dos hijos mayores habrían efectuado en un mes.

Impuestos los vecinos de la enorme desgracia que embargaba el ánimo de don Gervasio, é impulsados por un mismo sentimiento, se apalabraron, pusieron de acuerdo y acometiendo la caritativa empresa de librarlo de la miseria que lo amenazaba, realizaron este acto de *filantropía agrícola* con tanto desinterés y abnegación, que pocos meses después fué recompensado con una cosecha copiosa, como copiosas é impregnadas de gratitud fueron las lágrimas que derramó don Gervasio ante la generosa actitud de sus compañeros de penas y fatigas.

ORESTES ARAÚJO.

Del Dr. Sierra Carranza

Correspondiendo a la invitación de la REVISTA NACIONAL —y acaso como prembio de una colaboración que la honrará muy mucho— el Dr. D. José Sierra Carranza ha puesto en nuestras manos la siguiente composición, hasta hoy inédita. Fué ella escrita con motivo de la inasistencia del autor a cierto banquete. Llegado el poeta a la hora del café, impulsos como pena que improvisase unos versos, y él dejó cumplida tal penitencia en la siguiente forma:

SONETO

¡Qué dulce halago, qué ilusión brillante,
qué risueña esperanza seductora
Una suave armonía pide ahora
Al núnem de mi lira sollozante?

Aun es posible que se verga y cante
La agreste musa que en las ruinas llora!
Dadle á beber la copa embriagadora
Donde el néctar de amor hierve espumante.

Dadle... ¡pobre infeliz! no es ese el tema
Con que á mi plectro la amistad invita,
No es ese de mi verso el caro objeto.

Del licor del festín brota un poema.
El que ha faltado á la galante cita.
Saca de un vaso de agua... este soneto.

1884.

La loca de Bequeló

(RECUERDOS DE LA GUERRA GRANDE)

En la enramada de un rancho viejo,
Nido de gauchos cerca del Yi,
Guitarra antigua tierna cantaba...

Más bien, lloraba
La triste historia que escribo aquí.

—¿Sabéis, paisanos, por qué ando errante
Bajo estos bosques de Bequeló?
Me llaman loca; pero es mentira:
Es que no tengo ya corazón...
Venid, paisanos, venid conmigo;
Diré mi historia junto al fogón.

—¿Veis mis cabellos? Eran muy negros,
Más que las alas del cuervo, más;
Están muy secos... tan blancos, blancos...
Como las flores del arrayán.
—¿Veis estos ojos? ¿No tienen vida?
Pues antes puros como el cristal,
Fueron dos luces que se encendieron
En una aurora del Uruguay.
Tristes mis labios son amarillos
Como el pellejo de butylá;
¡Ay! los tenía rojos y alegres
Como el penacho del cardenal.

Allá en la loma como un calvario
Veréis ruinas y un triste ombú;
Fueron mi cuna, fueron mi estancia,
Fueron mi nido verde y azul.
Cuando yo muera, clavad, paisanos,
Bajo aquel árbol mi humilde cruz;
Que allí murieron mis dichas todas;
Allí he perdido mi juventud.

Tenía un esposo que ardiente amaba
Y un hijo bello que era mi Dios.
¡Ah, qué contenta perdiera el cielo
Si yo pudiera ver á los dos!
Una mañana... ¡Maldita sea!
Cuando esta guerra se pronunció,
Mi esposo tierno me dió un abrazo,
Llorando mucho su hijo besó,
Pálido el rostro tomó su lanza,
Montó á caballo triste, y partió.
Aun me parece lo ven mis ojos
De lejas lomas haciendo ¡Adiós!
¡Ay! mis paisanos, en ese día
Perdí un pedazo del corazón...

Pasaron meses, pasaron años,
Llorando siempre, siempre peor,
Cuando una tarde que al hijo amado
De mis entrañas contaba yo
Del pobre padre, que no volvía,
La ausencia larga, su último adiós,
Cruzando campo llegó un sargento,
De su caballo se desmontó,
Y al solo rayo de mi esperanza
Estas palabras le dirigió:
—¿Ves esta lanza? Fué de tu padre;
Por su divisa bravo murió;
Tómala y vamos, no te demores,
Que en las cuchillas se duerme el sol.
Llorando mi hijo me dió un abrazo,
Montó á caballo triste, y partió.
¡Ay! mis paisanos, en esa tarde
Quedó mi pecho sin corazón.

Ya van dos veces que las torcaces
Dulces arrullan en el sauzal,
Y los boyeros, cantando alegres,
Cuelgan sus nidos del ñandubay;
Pero no he visto más á mi hijo
Desde esa tarde negra y fatal.

Allá en la loma como un calvario
Veréis ruinas y un triste ombú;
Cuando yo muera clavada, paisanos,
Bajo aquel árbol mi humilde cruz.

Esta es la historia que una guitarra
De un rancho viejo triste lloró.
¡Ay! Cuántas locas habrá en mi patria
Como la loca de Bequeló.

1859.

RAMÓN DE SANTIAGO.

CRÓNICAS PARA LA AMÉRICA

Á CARLOS TRAVIESO, periodista montevidense

Querido amigo: Acabo de leer la última obra de López Bago: *El Separatista*, en la cual pone de oro y azul á todos los países sud-americanos, sobre todo á las Repúblicas del Plata, en donde ha vivido siete años, entregado á sus tareas literarias. ¡Es lo que sucede algunas veces, bastantes! Ustedes, los periodistas inteligentes y de miras generosas y elevadas, se esfuerzan, trabajan, luchan, para que el extranjero goce en América de los mismos derechos, iguales prerrogativas, idénticas ventajas que el hijo del país; y, en cambio, aquél, por poco que sepa «empuñar la péñola», se divierte escribiendo mil tonterías, cuando no injurias, contra aquellos países, en donde encontró un modo de vivir más ó menos holgado durante el tiempo que quiso, sin que nadie le preguntara si era ó no digno del trabajo solicitado. ¡He visto en América tantos canallas europeos comiendo injustamente el pan de los honrados! Y esos que debieran mostrarse agradecidos, son los primeros que, apenas han traspasado las fronteras de la tierra hospitalaria, lanzan denuestos é insultos contra quienes más les favorecieron. Y hay que decirlo francamente, españoles son en su mayoría; y aun entre estos sobresalen los que *plumean*, los que cuentan fábulas indignas de los pueblos que sufrieron sus críticas implacables escritas detrás de la sombra del ministro ó del cónsul.

El Sr. López Bago, con el intento de convencer á los separatistas cubanos de que si realizasen sus propósitos de independencia, harían de su patria una República tan desdichada como cualquiera de Sud-América, y, sobre todo, tan enemiga de España como aquéllas, se empeña á todo trance en demostrar que en Montevideo y Buenos Aires no hay un criollo que no odie furiosamente al más pacífico de los *gallegos*. ¡Que nó! Figúrense ustedes que á él, al Sr. López Bago, lo trataron mal, «peor que al lenguaje, que es cuanto se puede exagerar», y como á él, «siguen tratando á cuanto escritor español llega á las costas de tales países.»

En cuanto á lo primero, estoy seguro de ello; he sido testigo presencial. Lo que no me he explicado bien todavía, es por qué los criollos toleraron las insolencias del escritor que entró en Montevideo como en país conquistado, defendiendo á quien odiaban todas las personas sensatas, y atacando á todos los que militaban en el partido de la razón y de la justicia. ¡Habría tanto que decir!

En cambio, escritor español es el exce-

lente crítico Enrique Freixas, redactor del importante diario argentino *La Nación*, y es atendido y agasajado por tirios y troyanos; escritor español es Marcos Zapata y éste ha encontrado en Montevideo público que llenase un teatro sólo para saludar al poeta español, oírle leer varias poesías y reunir una buena suma para quien en España no pudo vivir con cierto desahogo; escritor español es Santero, y en todos los teatros de Buenos Aires se aplauden sus obras teatrales y en todos los periódicos son tratadas con estimable consideración; escritor español fué el malogrado Pedro Antonio Bernat, director discretísimo de *La España* de Montevideo, y sus acerbadas críticas contra todo lo injusto y abominable de la política uruguaya, hechas siempre con criterio elevado y palabra comedia, fueran aplaudidas y encomiadas por extranjeros y criollos; escritores españoles son, en fin, distinguidos catedráticos de las Universidades de Montevideo y Buenos Aires, y todos son respetados, atendidos y agasajados por los hijos de aquellos países que, por otra parte, no tienen tanta necesidad de literatos y gente de pluma como de labradores y hombres de manos callosas.

Es verdad que Zorrilla de San Martín, el eminente poeta uruguayo, y Cané, el distinguido literato bonaerense, en Madrid han sido objeto de grandes agasajos y atenciones; pero también lo es que, exceptuado Manuel del Palacio, no ha ido al Plata escritor español que valga lo que aquéllos.

Aquí cabe hacer constar que la Duse y la Sarah Bernhardt jamás fuera del teatro, han sido tan festejadas y honradas por la buena sociedad americana como la actriz española María Tubau; que Novelli y Coquelín, con ser más grandes actores, nunca fueron recibidos con manifestaciones de cariño y obsequiados en fiestas y banquetes, como Calvo y Vico lo fueron; que, apenas se supo el viaje de Pradilla a América, viaje que luego no se efectuó, preparósele un recibimiento digno del gran pintor español, y en fin, que socialmente considerado, el ministro español ha sido siempre uno de los que más deferencias reciben en las altas clases de Montevideo. *Et sic de ceteris.*

Otra de las pruebas del odio que América profesa a España, es la falta de tratados de propiedad intelectual, según la opinión del Sr. López Bago. Este afirma que por allá los editores reimprimen sin permiso todos los libros españoles, y que los empresarios no satisfacen ni un céntimo de los derechos de propiedad. Para que semejantes *atropellos* significasen la malquerencia de americanos contra hispanos, sería preciso demostrar que los libreros falsificadores y los empresarios que se hacen los tontos, son nacidos en aquellos lejanos países. Pero esto no lo verán mis ojos, porque López Bago sabe mejor que yo que unos y otros son españoles y que ellos son los únicos que trabajan para que el tratado no se establezca. El autor de *El Separatista* ha de recordar las *indirectas* que él desde *El Liberal* de Montevideo y los redactores de *La España* se tiraban a propósito de los dos tomos de novelas españolas que este diario

regala mensualmente a los abonados. ¡Y ninguno de los lectores españoles protesta! Todos los empresarios de zarzuela, que allá hay en abundancia, nacidos son en nuestra patria, y, sin embargo, ellos se niegan a pagar los derechos de los autores. ¿Es que el empresario Palencia y el empresario Vico, al regresar de sus *giras artísticas* por América, han obsequiado a los dramaturgos, siquiera con parte del dinero que les correspondía? Lo que hizo Calvo con Echegaray ¿lo ha repetido algún otro? ¡Y toda esta gente es española! Sólo falta terminar diciendo que, mientras pisan tierra americana, ellos también odian a España.

Pero lo que parte el alma,—siempre según el Sr. López Bago,—es lo mal que se habla el castellano en aquellas pobres repúblicas. Figúrense que lo hablan tan macarrónicamente como en Andalucía, en Aragón, en Valencia y otras provincias de la mismísima España. Y, como si tal desacato no bastara, se escriben los diarios con infinidad de neologismos, galicismos y demás barbaridades. En fin,—para terminar,—lo mismo, lo mismo que en España. ¿Se ha visto alguna vez descaro igual!

¡Vaya con el Sr. López Bago! ¡Y qué enojado y fastidioso y bilioso se ha venido de América! ¿Que no? Pues si ni siquiera admite los criollismos de ella, aquellos sabrosos americanismos que, una vez conocidos y saboreados, es decir, entendidos, le parecen a uno encantadores, formados con una propiedad que admira, y que al propio tiempo muestran la imaginación gallarda de aquellos ingeniosos *prisanos*. ¡Gracias a Dios, quedan pocos de los escritores *castizos* que escriban con vistas a la prosa de Valera ó de Pereda! Hoy amasan la suya con el sabor de su tierra y la esencia de sus costumbres. Son todo lo menos *españoles* que se puede ser, sirviéndose de nuestra lengua, y allí está su primer mérito: la originalidad. Son *ellos*, más ó menos buenos—ya llegarán,—y no los rapsodas de esta ó aquella eminencia hispana.

También se mete el Sr. López Bago en la política americana. Por ahí no le sigo. V., mi querido Travieso, que entiende como pocos de tales cosas, podrá rebatir una por una las razones aducidas por el novelista.

Por lo demás, estimado amigo, recomiendo eficazmente el libro *El Separatista* que ha dado motivo a esta crónica. A mí me ha gustado mucho, tanto que me lo he leído de un tirón. Estoy bien seguro de que, a pesar de las vulgaridades que el autor sueña respecto de América, a V. y a mis antiguos compañeros de ahí la novela les parecerá de perlas. Después de todo, *lo cortés no quita lo valiente.*

JUAN TORRENDELL.



METAMORFOSIS

(CUENTO)

No andan muy de acuerdo las crónicas sobre el modo como el hecho sucedió, ni sobre el lugar, ni aun sobre los protagonistas del caso. Lo he oído referir de mil maneras distintas, como acaece generalmente con todo. Conque se me ha de perdonar el que yo me quede con la versión que a mi juicio tiene más trazas de verídica.

Sucedió, pues, que estaban ha muchos años en el puente de Coimbra tres estudiantes ideando el medio de hacerse con algunos reales, sin peligro, es natural, de su pellejo—que hacerlo con él, propio es de gente desprovista de ingenio y travesura—cuando acertó por su mal a pasar un pobre campesino con su asno del cabestro.

Verlo, y darse un golpe en la frente en signo de triunfo, y comunicar su proyecto a los compañeros, fué obra que en menos tiempo que se cuenta ejecutó Juan Palomo, el más lagarto de los tres.

Y, como quien no quiere la cosa, se aproxima al asno, quítale sutilmente el cabestro y se lo pone él mismo. Sigue algunos pasos al pobre hombre a fin de dar tiempo a que sus camaradas escondiesen la alimaña, y cuando lo hubieron hecho, héteme a mi estudiante que se para de golpe, y con el semblante más compungido del mundo le dirige estas ó semejantes palabras al campesino, que al volver la cabeza, atónito se queda al escucharlo:

«Señor mío: Así como hay burros con figura de hombre, yo he sido hasta este momento, como lo veis, un hombre con vestidura de burro. Extrañaréis, con razón, la súbita transformación que acabo de experimentar; mas vuestra extrañeza desaparecerá así que sepáis mi historia.

«Mis padres, si no eran opulentos, tenían suficiente fortuna para que nada nos faltase.

«Pero estaba de Dios que yo no había de ser feliz en la tierra.

«El día que yo nací le oí decir a mi madre: «Éste se va a convertir en burro;» y ya veis que no anduvo muy desacertada la profecía.

«Mi padre había dicho a todos mis hermanos así que les nacían dientes: «Comeréis, si queréis, de todas las frutas de mi jardín, excepto de la del árbol prohibido, si no deseáis transformaros en asnos.»

«A mí también me lo advirtió, y yo, incauto, comí.

«No me dijo entonces: «Con dolor parirás los hijos;» pero sí, lo recuerdo perfectamente: «Aguantarás los palos por el amor de Dios.» Tampoco me agregó: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro;» pero sí: «Comerás paja y cebada con el sudor de tus costillas.» Y, por fin, no terminó con aquello de: «Polvo eres, y en polvo te convertirás;», pero con algo peor: «Asno eres, y en asno te has de convertir!»

«A lo que parece, señor mío, el cielo, que me fué adverso en un principio, ha tenido piedad de mí. Así que espero de vuestra generosidad y gentileza tengáis a bien poner-

me en libertad y llevar en paciencia la pérdida que os ocasiona este hecho, para vos inesperado.»

—«Caballero — le contestó el campesino entre generoso y asustado:—la situación en que os halláis antes inspira conmiseración que venganza. Libreme el cielo de contrariar sus inexcrutables designios, ni de poner trabas á vuestra ansiada libertad. Conque podéis disponer de vuestra persona, y os pido humildemente disculpa por los malos tratos que hayáis podido recibir de mí.»

Con estas explicaciones y las reverencias á que obliga la cortesía entre hombres (sobre todo, cuando no las tienen todas consigo), campesino y estudiante terminaron la entrevista, y siguió su camino cada cual.

Reunido Juan Palomo con sus camaradas y celebrado el caso cual él se merecía, indícales el modo como habían de llevar adelante aquel negocio, emprendido bajo tan buenos auspicios.

Y todos tres se dirigen á un chalán, quien luego de hallarle á nuestro asno más tachas que al caballo de Gonela, accedió á los deseos de aquéllos comprándoles, aunque á bajo precio, el burro del campesino.

Fué éste de los primeros que llegaron el día siguiente á la feria, con objeto de adquirir otro asno con que suplir la falta de aquél. Pero, cuál no sería su extrañeza cuando topa con el que le habían hurtado el día anterior del modo que queda referido!

Mas no se inmutó por ello. Antes bien, conservando toda su serenidad, solicitó de su dueño actual hablarle al burro dos palabras, sólo dos palabras al oído, convencido, como es natural, de que nuevamente se había transformado el caballero de la víspera. Concedido lo cual, se le acercó á la oreja, y á voz en cuello y con la más picaresca intención le dice: «Señor burro! *el que no te conozca, que te compre.*»

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

AL TRABAJO

Quando la máquina suena
es señal de que la vida,
en santa llama encendida,
su misión augusta llena.

Es señal de que el trabajo,
haciendo más digno al hombre,
al darle justo renombre
proclama, del cielo á abajo,

que la humanidad progresa
y rinde al Criador tributo
al sacar opimo fruto
de una labor que no cesa.

Por siempre será ensalzado
el que inventó la herramienta
que la fortuna cimenta
en el surco del arado.

Y el que con rudo martillo,
con tesón que nada arredra,
labró la primera piedra
y llenó su afán sencillo,

será por siempre loado,
pues del trabajo fecundo
lanzó el germen en el mundo;
germen que ha fructificado

y que, del hombre en provecho,
las herramientas sencillas
trocó en altas maravillas
que el hombre ve satisfecho.

Loor al primer obrero
que abrió al trabajo camino
para que su alto destino
cumpliera el hombre, severo.

Loor á los que sus huellas
prosiguiendo, infatigables,
dieron formas admirables
á mil concepciones bellas;

y, del trabajo en auxilio,
los útiles perfeccionan,
y el himno severo entonan
en vez del frívolo idilio.

Himno que inmenso resuena
entre el concierto grandioso
del trabajo prodigioso
que la faz del mundo llena.

Concierto que el bien fomenta,
puesto que es de trilladoras,
fábricas, locomotoras,
y de máquinas de imprenta.

Mientras en el hombre, activa,
la fe aliente del trabajo,
brillará pura, aquí abajo,
la llama del Cielo, viva.

Y sus más nobles preceas,
hijas del anhelo sumo,
serán las que ensalce el humo
de las altas chimeneas.

Doquier la azada quebrante
la tierra, y un surco se abra,
resonará la palabra
que dice al hombre: «adelante!»

Doquier con fiera rudeza
suenen el pesado martillo,
hacendo al golpe estruendo,
el eco dirá: «¡firmeza!»

Doquier, en tanto que avanza,
no sienta el hombre abatirse,
una voz hará sentirse,
la cual gritará: «¡esperanza!»

La voz que dice «adelante»
y la que dice «firmeza»
proclaman que la grandeza
está en ser perseverante.

Y la que dice «esperanza»
anuncia que, el fruto opimo,
con el sabroso racimo
produce la bienandanza.

Loor eterno á los obreros
que el camino prepararon
por el cual se deslizaron
nuestros progresos primeros.

Loor eterno á los que, ansiosos
de llegar al fin deseado,
el trabajo han continuado
de abrir pasos anchurosos.

Y loor tengan infinito
los que, con afán constante,
prosigan siempre adelante
por el sendero bendito.

Sus progresos colosales
al trabajo debe el mundo:
al trabajo, árbol fecundo
de áureas ramas inmortales.

Arbol que no siente invierno
y bajo el cual se cobija
la humanidad, como hija
en el regazo materno.

Honor al que con la azada,
del sol bajo el rayo ardiente,
bañada en sudor la frente,
trabaja larga jornada.

Y honor al que rompe el broche
del pensamiento que abruma,
y trabaja con la pluma,
quizás de día y de noche.

Ambos son del bien obreros:
uno es cabeza, otro brazo;
y unidos por fuerte lazo
recorren santos senderos.

En sus nobles ambiciones
ambos se sienten ufanos;
¡y uno se llama las manos!
¡y otro pierde los pulmones!

Pero, ambos, rico presente
dan de su noble tarea:
uno, la luz de la idea;
otro, el sudor de su frente.

Ambos, por un santo exceso
de ambición, el bien producen;
como buenos se conducen:
¡son obreros del progreso!

Anciano que el peso humilla
de los años; joven fuerte:
mientras no os llame la muerte,
¡doblad todos la rodilla!

¡Dobladla! y juntos oremos
en el altar del trabajo;
nuestro culto es aquí abajo;
¡trabajemos! ¡trabajemos!

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, 3 de Abril de 1881.

ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

(Continuación)

IV

LA OBRA

§ 3

Ya se habrá notado que todas estas novelas giran en torno de un tipo femenino,—Marta Maucel (*Charles Damailly*), Renata Mauperin, Germinia Lacerteux, Manette Salomon, María Gaucher (*Sor Filomena*), Mme. Gervaisais y Euriqueta Maréchal,—estudiándolo detenidamente, con rara precisión y verdadero *amore*. Pues bien; en los libros de historia de los hermanos Goncourt, también son mujeres las que informan toda la acción,—María Antonieta, Sofia Arnould, Mme. Saint-Huberty, y luego toda la recua de queridas de Luis XV: Mme. de Mailly, Felicidad de Nesles, Mme. de la Tournelle, la Pompadour, la du-Barry, Mlle. de Romans, etc.;—desarrollándose en torno de ellas toda la vida del siglo. ¿No es esta una nota típica en la obra de los Goncourt? ¿No se ve claramente que el *feminismo* les ha obsesionado?

Los Goncourt, empedernidos misóginos

que parecen odiar cordialmente a la mujer, han puesto, sin embargo, todo su más amante cuidado en la creación ó estudio de los tipos femeninos. Dijérase que viven ellos una vida ideal, libres de los lazos terrenales, extranjeros al sensualismo, entregados en cuerpo y alma al feminismo como ente abstracto y enamorados platónicamente de la mujer sin sexo. Ellos estudian esa mitad del género humano con un amor puramente intelectual, es decir, con el único amor que presenta a la mujer como documento artístico; y a la manera de los pintores que se consagran a la tela que descansa sobre el caballete sin ver "la carne" del modelo que, impudicamente, muestra sus desnudeces en la tarima, los Goncourt hacen el libro y olvidan que las hermosas mujeres que le informan viven la vida humana y les codean en calles y salones, ofreciéndoles su amor y sus caricias.

Es muy digno de ser notado este hecho. Los Goncourt no han amado a ninguna mujer, antes bien—y según se entrevé en distintos pasajes de su *diario*—las han despreciado a todas, teniéndolas por seres poco menos que inservibles; y sin embargo, sus estudios y novelas lo han sido de tipos femeninos, poniendo en ello todo su talento, toda su voluntad y todo su cariño. Conocen el alma y el corazón de la mujer como si la hubieran tenido a su lado toda la vida. Saben sus caprichos, sus veleidades, sus pasiones, sus penas, sus más íntimos secretillos y defectos como si los hubieran sufrido personalmente. Se han dedicado con verdadera pasión a la caza de billetes perfumados, memorias, autógrafos, retratos, acuarelas, panfletos, anécdotas, dibujos; han estudiado detenidamente, después, el carácter femenino por sus acciones, por sus palabras, por sus gustos, hasta por los vestidos y perfumes que usaron las mujeres; por fin, han fijado la imagen de esas soberanas del amor que vivieron otros tiempos y que el olvido hoy ha arrebatado tras el ceniciento velo de la muerte, dándonos la impresión exacta de sus perfiles, de sus *toilettes*, de sus gustos, de sus refinamientos y monerías. Y también se han penetrado del *feminismo*, que sus mujeres no son las mujeres vistas al través del temperamento del hombre, sino mujeres—iba a decir pintadas por otras mujeres—descriptas por sí mismas. Maupassant, en el juicio crítico que escribió sobre *Querida*, decía: «Es muy difícil, casi imposible, conocerá las muchachas. Los novelistas del día proceden por un método de observación en vez de seguir el método intuitivo, y, para conocer el corazón de una joven, es necesario, por lo contrario, proceder más bien por intuición, por adivinación que por observación.»

El hombre, pues, no conoce a la mujer: ignora sus impresiones de pequeña, el primer albor de su inteligencia, el despertar de su coquetería; ignora la elaboración de la mujer en seno de la adolescente, las sensaciones primeras de la pubertad y su correlativa expansión del pensamiento, los primeros pudores, las primeras vergüenzas, las primeras perversiones; ignora las emociones de un sensorio complicadísimo ante el amor naciente, el primer dolor recóndito,

el desengaño, los caprichos, los deseos, las pasiones. Cuando observamos una mujer no vemos nada más que lo que ella desea enseñarnos; sus sueños y sus ideas nos quedan ignorados: tal vez ella misma no se conozca. Viene luego el matrimonio y la mujer se transforma. La flor se ha abierto, el capullo se ha transformado y las pasiones, los instintos, las virtudes y los vicios de la mujer no son ya los mismos que tenía la virgen. Y los que nos preciábamos de conocer a nuestra amada, nos asombramos de poseer una mujer desconocida. Es el asombro del ignorante que, habiendo estudiado la uniformidad de color del capullo, no comprende cómo la flor tenga tantos matices. La causa generadora de estos cambios permanece ignorada. ¿Cómo es que de la tierra y del agua brotan esos colores mágicos, deslumbrantes, encantadores y esos perfumes delicados, sutilísimos, enervantes?

¿Qué esfuerzos, qué trabajos, qué intuición inmensa no habrán sido necesarios a los Goncourt para llegar a penetrarse del alma de la mujer! ¿Qué paciencia para analizar documentos y desentrañar de una simple cartita el pensamiento y el corazón de una amante! ¿Qué intuición indescriptible para alcanzar lo que ningún hombre ha logrado! Yo no concibo los resultados obtenidos por estos artistas, si no es por el poder de su sensibilidad exquisita, refinada y agudísima—esa sensibilidad que he tratado de poner de relieve en mi II parágrafo,—y que les ha convertido, según su misma expresión, en unos desollados morales y sangrantes. Sólo así, concibo el poder de los Goncourt al reflejar los matices é infinitas subdivisiones de matices que presenta el eterno femenino.

Por otra parte, los Goncourt han estudiado como nadie al siglo XVIII. El mismo Michelet así lo declaró con su palabra franca y autorizada. Ellos han revuelto el cielo y la tierra buscando memorias, documentos, cartas, autógrafos y bocetos. Han hurgado en todos los archivos y bibliotecas. Y el resultado de esta labor tremenda, digna de un espíritu escocés, ha sido el de compenetrarse tanto de aquella época que parecen haberla vivido.

Enamorados, pues, del siglo XVIII, los Goncourt no viven para el presente, y sólo conciben y sólo ven y sólo estiman aquellas mujeres que fueron un tiempo esplendor, y lujo, pasiones y locuras, ensueños y caprichos de una corte ya olvidada, de unos hombres ya desaparecidos; aquellas mujeres que bajo otras costumbres, otras modas y otros usos, lucieron sus rostros hechiceros y sus trajes perfumados y sus intrigas encantadoras; aquellas mujeres caídas para siempre en su último lecho de encajes y de flores, después de habernos legado la memoria de sus aventuras, de sus caprichos, de sus amores, de sus penas, de su belleza. La voluptuosidad que palpita, bulle y se agiganta durante todo el reinado de aquel desordenado Luis XV, no encuentra eco en esta voluptuosidad de nuestros tiempos, refinada hasta lo increíble;—y los Goncourt tan sólo sienten estremecerse sus sentidos ante aquellas mujeres de ancha frente y nariz recta, de cuello atrevido

y manos transparentes con dedos filosos, de corselete de caríatide y alto peinado cubierto con una nube de polvos. Los Goncourt tan sólo sienten latir su corazón ante aquellas damas de regia estatura, movimientos acompasados y ademanes serenísimos que vestían colores lánguidos y desmayados, rosa té, verde mar suavísimo, oro viejo ó azul desleído en perla, y ante aquellos diminutos chapines de raso, con taco alto, y aquellas medias de finísimo calado. Tan sólo experimentan secretos alborozos ante el bermellón que da un reflejo de aurora a las mejillas exhaustas de sangre, el albayalde que presta una sombra misteriosa a los ojos apagados por el placer ó que dibuja un lunar en el altivo mármol descubierto por el provocativo descote, y el polvillo de oro que ciñe las pálidas frentes con un suave tinte de resplandor divino. Únicamente sienten estremecerse su alma ante aquellos muebles coquetones é indolentes, recargados de dorados y pinturas vívidas, en los cuales descansaban las hermosas mujeres, ó ante aquellos *secrétaires* pintados con escenas mitológicas en fondo azul, con incrustaciones de nácar y filetes de oro y de los cuales aun parece desprenderse un moribundo perfume de almizcle. Y en esta voluptuosidad fenecida, que sólo vive en los recuerdos, que se aleja de nuestras memorias lentamente, que sólo habla a nuestra imaginación, de la cual sólo tenemos noticia por cartas recogidas entre el polvo de los archivos, en libros ya olvidados, y en historietas que cuentan los padres a los hijos en torno del hogar, en las húmedas noches del invierno; en esa voluptuosidad desaparecida, enterrada con la generación que la engendró, perdida entre los sueños de las leyendas medioevales y entre las monitísimas aberraciones de una época de frivolidad y libertinaje como la del pasado siglo, es que los Goncourt sienten vivir su sentidos y despertarse su corazón y renacer sus esperanzas. Tal vez por amar la mujer de antaño, desprecian la de ogaño; tal vez enervados por un amor platónico, olvidan el amor real de su época; tal vez por vivir en contacto con el siglo XVIII han olvidado al siglo á que pertenecen.

Por lo demás, la sensibilidad exquisita de los Goncourt dice muy bien con este gusto por el siglo XVIII y sus mujeres. Ese siglo coquetón, cuajado de baratijas artísticas y enervado por sus perfumes refinados; ese siglo que hace revivir la mitología erótica y tiene todos los rebuscamientos sensuales del paganismo; ese siglo de muñecas encorsetadas y rientes, lleno de amaneramientos y espiritualidades extremadas, abrumado por el *rococó* que le impuso Mme. de Pompadour, tiene forzosamente que enamorar a unas imaginaciones sedientas de matices, reflejos é irrisaciones. La tosca venalidad, el materialismo de nuestros tiempos no pueden en modo alguno afectar, sino es con disgusto, un sistema nervioso como el de los hermanos artistas que estudio, educado por el examen de las obras de Arte y la idea de la elegancia.—Y esas mujeres para las cuales la historia moderna concede un sitio que no tenía ni en la historia heroica de Herodoto ni en la razonada de Tucídides

ni en la puramente humana de Tácito; esas mujeres que sintetizaron todo un reinado con la vida de su corazón, que nos legaron sus nombres por un dicho espiritual ó atrevido, que nos han comunicado su modo de ser por un bibelot, una carta, un perfume ó una coquetería; esas mujeres de alma incomprendible, mezcla de ingenuidad y corrupción, de inocencia y lascivia, de bondad y odio, soberanas del amor, con gestos peculiares y gustos exóticos, ora envueltas en un oleaje inmenso de seditaria, ora encerradas en un leve cendal que las asimila á las clásicas bacantes, pero siempre, infiltradas de un sentimiento delicado, de un espasmo sutilísimo, de una gracia desmayada, indefinible, esas mujeres tienen forzosamente que despertar el corazón de los Goncourt, ávido de caprichos de la forma y de la exquisitez de las sensaciones. Y la burda venalidad, el prosaísmo de nuestra época no logra afectar, si no es con repugnancia, el sensorio de estos artistas que se han convertido "en unos desollados morales, sangrantes y sensitivos."

Cada época tiene sus mujeres. Esta observación es de Pablo de Saint-Victor: «La historia hace y rehace las mujeres á su imagen; esculpe, para los tiempos correctos, divinidades clásicas talladas de un solo rasgo; cincela, para las épocas licenciosas, pequeñas estatuitas libertinas amasadas de maneras y caprichos. Ved las mujeres del reinado de Luis XIV. Su beldad simétrica observa la regla de las tres unidades: son grandes narices, grandes frentes, grandes rasgos, talles de cariátides, corsés que hacen pensar en los cuernos de abundancia que vacía Pomona. Bajo la Regencia, los rostros se redondean, la nariz se empujueña, la barba se diluye, la fisonomía se aja, la mujer no es más que un escorzo de gracia y gentileza. La moda hace de ella una muñeca, quiebra sobre sus mejillas toda una paleta de rojos diferentes; criba su rostro con un enjambre de moscas; ora la envuelve con trajes ondulados donde el cuerpo nada en olas de seda, ora la aprisiona en las contraescarpas y bastiones del *panier*.

Los Goncourt no conocen otras mujeres; las del día cruzan á su lado sin ser advertidas. Examinan esos tipos femeninos que informan todas sus novelas y veréis que todas, ellas, excepto Germinia, no son de nuestra edad. Tienen los rasgos y perfiles, la escultural belleza de las mujeres del siglo XVIII. Sor Filomena es una estatua marmórea, rígida, imponente, de una belleza divina. Su rostro de líneas majestuosas, amplias y serenas se encuadra admirablemente dentro de la fría blancura de su toca. Marta, la señora Demailly, es una artista tallada como Mile. Clairon, una muñeca encantadora y peligrosa que en las tablas es mujer y en la vida una cómica. Mme. Gervaisais es una preciosa ridícula, una de aquellas mujeres como Mme. de Mailly, sus esquisiteces y su misticismo disfrazado. Renata Mauperin, como Germinia, tienen algo de nuestros tiempos, por salir, respectivamente, de la burguesía y del pueblo; pero no olvidemos que Mme. de Pompadour era una burguesa y que la de du Barry una mujer del arroyo. Enriqueta Maréchal es una

joven que, salvo el pecado, puede compararse con Mile. de Romans. Todas son mujeres del siglo XVIII; ninguna de nuestra edad.

Pero donde los Goncourt descuellan en el estudio de las mujeres es en los libros que encierran la historia de María Antonieta, la de Sofia Arnould y los que se ocupan del reinado de Luis XV.

Cuando los Goncourt se decidieron á escribir la historia del siglo XVIII, después de sus profundos estudios y gran acopio de datos inéditos ó originales ó poco conocidos, tuvieron la intuición de que no debían hacer solamente la historia de Luis XIV, de la Regencia, de Luis XV y de Luis XVI, sino la historia de toda la nación. Entonces fué que concibieron el verdadero plan de su obra, dividiendo ésta en cuatro partes: El Estado, París, El Hombre y La Mujer. Las tres primeras partes no las han tratado; sólo escribieron la última.

¡Y cuán grandiosa es esta obra! ¡Que cúmulo de datos desconocidos, de detalles originalísimos, de observaciones imposibles, de matices y reflejos variados! ¡Cómo palpita la vida, como bulle la realidad en esos distintos volúmenes rotulados *Sophie Arnould, Portraits intimes du XVIII^e siècle, La Duchesse de Chateauroux et ses sœurs, Madame de Pompadour y La Du Barry*! ¡Cómo crujen los acontecimientos y se estremecen los hombres y se arremolina la sociedad en torno de esas mujeres soberbias, reinas un día, soberanas del arte ó del lecho del rey disoluto! ¡Qué enjambre de ideas, qué cúmulo de sensaciones sacuden y conmueven el espíritu! Aquello no es la narración de Jenofonte, árida y descarnada, ni la narración de Michelet, relampagueante y pasional, sino la narración á lo Voltaire—el primero que, al escribir su *Ensayo sobre las costumbres*, comprendió que la historia futura debía descender al pueblo, dejando las pindáricas alturas,—pero un Voltaire corregido y aumentado.

A mí todos estos libros, y además el de *María Antonieta*, me hacen el efecto de artísticos *secrétaires*, lujosamente pintados, con esmaltes valiosísimos é incrustaciones de nácar y oro. Tiene sus cajoncillos secretos, esmeradamente labrados, donde guardan las damas sus billetes amorosos, sus confidencias íntimas, sus memorias reservadas. Del fondo de estos mueblecitos encantadores, verdaderas maravillas de arte, se levanta un perfume suavísimo que me da la sensación del siglo cuyos secretos guardan. Allí hay camafeos originalísimos, medallones guarnecidos de perlas, miniaturas que son un prodigio, pomos esmaltados donde aun queda un rastro de perfume, joyas antiguas que ya no recuerdan la luz del sol y sobre todo papeles reveladores, notas confidenciales, apuntes indiscretos, cartas imprudentes y anécdotas olvidadas, como desvanecidas por el viento de los abanicos de aquellas reinas de la hermosura.

Tomad cualquiera de esas maravillas; haced girar la llavecita de oro en la cerradura que disimula un amorcillo en esmalte ó un ramo de flores de pedrería y abrid el cajoncillo artísticamente labrado. Es el tercero de la segunda serie. Ved el soberbio meda-

llón que luce ahí; representa á María Antonieta: «La Reina de Francia no es ya la bonita ingenua de la isla del Rhin: ella es la Reina, una reina en todo su esplendor, en toda la flor y toda la madurez, en todo el triunfo y en toda la irradiación de una beldad de reina. Posee todos los caracteres y todos los detalles que la imaginación de los hombres exige á la majestad de la mujer: una benevolencia serena, casi celeste, extendida sobre todo su rostro; un tallo que Madame de Polignac decía haber sido hecho para un trono; la diadema de oro pálido de sus rubios cabellos, el tinte más blanco y más resplandeciente de todos los tintes, el cuello más bello, la más bellas espaldas, brazos y manos admirables, un andar armonioso, balanceándose, ese paso que en los poemas antiguos anuncia á las diosas, una manera real, que ella sola tenía, de erguir la cabeza, una caricia y una nobleza en la mirada que envolvía la corte en un saludo de bondad; por toda su persona, en fin, un aire dulce y soberbio de protección y acogida; tantos dones en todo su más alto grado de perfección, daban á la reina la dignidad y la gracia, la sonrisa y la grandeza que todos los extranjeros llevaban en su memoria al través de la Europa como una visión y un deslumbramiento.» (1)

Ahora ved en aquel otro cajoncillo ese camafeo incrustado en nácar negro; representa á la Reina marchando al cadalso; la prueba irrecusable de la deshonra de la revolución: «La Reina no pudo obtener el permiso para ir al cadalso con la cabeza descubierta: un bonete de linón, sin bridas, un gorro planchado por ella en la mañana, esconde al pueblo los cabellos que la Revolución le ha dado, unos cabellos completamente blancos. La reina está pálida; la sangre mancha sus pómulos é inyecta sus ojos, sus cejas están rígidas é inmóviles, su cabeza consérvese erguida, y su mirada pásase, indiferente por la fila de guardias nacionales, por los rostros asomados á las ventanas, sobre las banderas tricolores y sobre las inscripciones de las casas.» (2)

He transcritto estas líneas, como transcribiré otras más adelante, á fin de que el lector tenga nuevos ejemplos del mágico estilo de los Goncourt. Esta historia de la reina María Antonieta es una de las más completas é interesantes que se hayan escrito. Hay detalles hasta entonces ignorados, y revelaciones que ningún historiador había descubierto. Por ejemplo; la carta del príncipe Condé revela que el emperador del Austria se entretenía en buscar medios para apoderarse de Flandes y de la Alsacia, en vez de ocuparse, según se la pedía, en salvar á la Reina; otras cartas de Mercy, el fiel servidor de la Reina, que buscan inútilmente la intervención del Rey de Prusia. Y como estos, cien otros detalles que me sería imposible enumerar, y que comprueban el elogio de Michelet para los Goncourt á que ya he hecho referencia.

Ahora, ved ese otro volumen titulado *Sophie Arnould*.

(1)—Edmond et Jules de Goncourt, *Histoire de Marie Antoinette*, pág. 117.

(2)—Id., *Ibidem*, pág. 484.

Es la historia de la célebre comedianta tan inteligente como espiritual, hecha á fuerza de notas, cartas inéditas y las memorias escritas por la misma Sofía, y que comprenden, estas últimas, únicamente sus primeros años. Debido á la manía que tenían los Goncourt de revolver y huronear las tiendas de anticuarios, un buen día compraron en casa de M. Charavay un montón de papeles, sin darse acabada cuenta de lo que eran. Aquellas notas, documentos, extractos y fragmentos, fué el origen de este libro interesante. Las cartas de Sofía, no tienen, sin embargo, el mérito que nos hace sospechar tuvieron la universal reputación que la artista tenía como mujer espiritual é inteligente. Debo declarar, en fin, que la edición de Charpentier puede decirse que es un trabajo nuevo; en efecto: la primera edición, publicada por Polet-Malassis no tiene la mitad de las piezas que tiene aquella y además faltan los nombres propios que la edición de Charpentier no omite.

Portraits intimes du XVIII^e Siècle, es otro volumen interesantísimo, donde los Goncourt tratan de reconstruir—según lo declaran en el prefacio—con las cartas autógrafas, todo un siglo que adoran. «Nosotros tratamos de reanimar esos hombres y esas mujeres algunas veces con una correspondencia, muy á menudo con una sola carta.» Y esto que declaran en el prólogo, entusiasmados por la tarea de leer en un autógrafo el pensamiento de una mujer, como si contemplaran su imagen en un espejo, lo cumplen acabadamente en el retrato íntimo que en este volumen nos dan de *Mademoiselle de Romans*. Un simple billete de Luis XV es toda la prueba de unos amores que casi nadie conocía. Los Goncourt, con su intuición y sus investigaciones pacientes en los archivos, llegan á reconstruir toda la historia y nos narran esos amores, cuyo fruto fué recogido por Luis XVI, el encuentro de la Pompadour con Mlle. de Romans, la aparición del abate de Lustrac tratando de hacer de ésta una favorita y consiguiendo tan sólo separar la madre del hijo, y otros mil detalles que, como los demás que informan el volumen, revelan el talento analítico de sus autores, sus profundos conocimientos respecto al siglo XVIII y el mérito indiscutible que entrañan como historiadores.

Este volumen comprende los siguientes estudios: Luis XV enfant—Bachaumont—L'Abbé d'Olivet—Le comte de Clermont—Mme. Geoffrin—Caylus—Dulaurens—Doyen—La duchesse de Chaulnes—Piron—Mlle. de Romans—L'Abbé Leblanc—Le graveur Lebas—Louis XVI—Beaumarchais—Lagrenée L'ainé—Théroigne de Méricourt—Collind'Harville—Kléber—La comtesse d'Albany.

Y he aquí, por fin, la preciosa trilogía de la mujer, el encantador poema de los amores de Luis XV, el libro más bello que sobre el siglo XVIII hayan escrito los hermanos Goncourt. Son tres volúmenes que llevan por título, respectivamente, *La Duchesse de Chateauroux et ses sœurs*, *Madame de Pompadour—y 1.ª du Barry*. Estos estudios de mujer aparecieron por primera vez en 1860 en dos tomos, bajo el título de *Les maîtresses de Louis XV*. Esta obra que fué anunciada por

sus autores al retirarse del periódico *Paris*, quedó en el estado de proyecto por algún tiempo, pues que otro trabajo vino á seducirlos, y en él pusieron las manos inmediatamente: En su diario, léase esto: «Todo este invierno (febrero de 1854), trabajo endiablado con nuestra *Historia de la Sociedad durante la Revolución*. Por la mañana, nos trajimos de golpe cuatrocientos ó quinientos volúmenes de la casa Perrot. . . Durante el día, huroneamos el papel revolucionario, y, por la noche, escribimos nuestro libro.»

La aparición, pues, de *Las queridas de Luis XV*, fué retardada; pero el público no ha perdido con la espera. Hoy tenemos dos obras notables, en vez de una.

Esta obra, como queda dicho, ha sido editada en tres volúmenes y aumentada con documentos nuevos; y podemos decir, sin temor de equivocarnos, que es una de las obras más completas que se hayan hecho respecto al siglo XVIII.

¡Qué historia más encantadora, qué revelaciones más interesantes, qué factura más artística! En el transcurso de esa lectura, el espíritu parece llevado en alas de un hermosísimo ensueño, que mecen armonías desconocidas y rítmicas, y enervado por exóticos y rarísimos perfumes. Se vive en pleno siglo de la Pompadour; los usos y costumbres nos deslumbran y encantan, como caprichos fantásticos de un cuento oriental; las mujeres parecen reanimarse, volver á la vida y lucir ante nosotros el brillo todopoderoso de su belleza escultural, y el hábito de aquella edad veleidosa y coqueta nos encadena con lazos de flores. Es una trilogía brillante, cegadora, cuajada de perfumes, esmaltada con matices primorosos, llena de acentos desconocidos, atiborrada de nostalgias rapsodias y melodías. Allí la historia real y documentada se viste con un ropaje espléndido,—con hermosísimos trozos de literatura,—y más bien parece leyenda medioeval, canto épico impregnado de aromas estivales, extraña sinfonía de notas juguetonas y rientes. El himno entonado al eterno femenino alcanza todo su esplendor y el pensamiento se siente humillado ante aquellos acentos viriles y desconocidos. Y de todo aquel enjambre apretado de notas, cartas anécdotas, documentos, sucesos, confidencias, memorias, panfletos, retratos, conversaciones, detalles, pinturas, recuerdos, surge esplendorosa, viva y omnipotente, la mujer, el alma verdadera del libro, el *quid divinum* de todo el poema. Ora es la duquesa de Chateauroux con su cuerpo deslumbrante de blancura como un sol primaveral; ora, madama de Pompadour, el hada azul que en una de sus horas inspiradas da capricho impuso el gusto rococó; ora, la du Barry, la gentil protectora de los artistas. Las vemos abandonar sus tumbas heladas, arrojar lejos de sí el sudario, restregarse con ademanes de gatas sololientas los cerrados ojos para ahuyentar el pesado sueño de la muerte, y volver así, lentamente, á la vida; las vemos, entonces, con su escultural belleza, con los trajes que usaron, con los perfumes predilectos, con sus gestos peculiares, deslumbrar á la corte, subyugar el corazón del Rey, volver á imperar como diosas triunfales y llenar de luz, de relámpagos, de

fulgores toda la época que vivieron; las vemos, dueñas y señoras de la sociedad, dominar á los hombres, cegándolos con su belleza, amilanándolos con los golpes de su cetro, encadenándolos á sus carrozas con sus caprichos y regir los destinos del pueblo, como supremos ministros, desde el lecho real en las misteriosas y perfumadas horas de amor. Los Goncourt nos perfilan con rasgos artísticos é imborrables la sonrisa de aquellas mujeres, su andar cadencioso, sus ademanes de reina. Oímos su voz, escuchamos sus acentos, temblamos ante sus órdenes, nos conmovemos ante sus sollozos. Allí están, desnudos, sus corazón y su pensamiento: sentimos los latidos de aquél en las horas de placer como en las de dolor; vemos el vuelo de éstos entre las sombras macizas de la noche ó ante la luz meridiana del día. Ni un detalle pasa inadvertido, ni un rasgo se nos oculta, ni un perfil se nos esfuma, ni una frase se desvanece, ni una mirada se nos escapa, ni un suspiro se diluye, todo lo sentimos, vemos y címos; todo llega hasta nuestro sensorio é intelecto. La mujer está allí viva con sus mismos latidos, con sus mismos pensamientos; esa es su carne, esa es su voz, esa es su mirada. Inundado su cuerpo por una luz vivísima, distinguimos los detalles más escondidos, todas las líneas y curvas de su busto, los secretos más recónditos de su alma. Palpita y se estremece, ríe y llora, piensa y habla. Es ella; la mujer del siglo; el más lindo *biblot* de los salones; el alma de los amores juveniles; la cuna de los caprichos, placeres y sonrisas.

Lo que no ha conseguido ningún hombre, lo han conseguido los Goncourt: retratar la mujer tal cual ella es. Su *feminismo* es único: las mujeres que nos presentan con las mismas mujeres que vinieron aquel siglo de veleidades, aquellos tiempos de frivolidad. No están retratadas por un hombre; es la misma naturaleza quien las reproduce. Cuando las principales de la ciudad de Crotona pidieron á Zeusis que les hiciera una Venus y con ella, la idea suprema de la belleza femenina, al artífice inmortal copió de siete mujeres los rasgos geniales para su creación; no hubiera sabido crear las Venus con el solo concurso de su divina inspiración. Los Goncourt tienen algo más que Zeusis; tienen la intuición, y sin haber visto jamás á la mujer—antes por lo contrario, siendo enemigos de ella,—nos han reproducido en las páginas del libro la idea absoluta que preside al eterno femenino.

¿Cuál es la base de la historia que realizan los Goncourt? La carta autógrafa,—ellos mismos lo declaran en el Prefacio de su libro *Portraits intimes du XVIII^e siècle*. Por medio de ella conocen las tristezas y alegrías, fatigas y consuelos, orgullos y humillamientos, desilusiones y esperanzas de los hombres; detienen el vuelo de su pensamiento para investigar la causa que hace temblar el pulso, y sobre las líneas delgadas de tinta que giran, se retuercen, corren, suben y bajan sobre el papel, tejiendo laberintos y figuras fantásticas, entrevén la personalidad del alma, los designios de la inteligencia, las inclinaciones, gustos, instintos, decisiones, caprichos y ambiciones del ser humano. ¡La carta autógrafa!—La carta au-

tógrafa es el silencio que lo revela todo, como dicen ellos mismos.

Y sobre tal elemento, ¿cuál otro podía completar la obra de presentar al lector el tipo histórico que se desea? En la Goncourt hay uno tan sólo, la sensibilidad,—esa sensibilidad que es el alma de todos sus libros.

Empecemos la investigación de la grandiosa trilogía del Amor y la Mujer. He aquí *La Duchesse de Chateauroux*, que se abre con la pubertad del Rey. A raíz de su matrimonio, Mme. de Mailly entra como dama de atavíos de María Leczinska. La casa de Nesles ha entrado al servicio de la casa real, y muy pronto el Rey tomará para su servicio particular a tres hermanas de esa familia de Nesles. El poema pasional ha empezado; el Rey busca sus amantes en la aristocracia; todavía es rey. Ya veremos cómo descende hasta el pueblo con la du-Barry, pasando por la burguesía con la Pompadour, hasta encanallarse en las sombras misteriosas del Parque de los Ciervos.

Mme. de Mailly, la primera querida de Luis XV, era una mujer de treinta años, con unos ojos negros capaces de electrizar al más tímido. «Todo, en su fisonomía—dicea los autores,—en el óvalo delgado de su cara morena, tenía ese encanto irritante y sensual que atrae a los jóvenes.» Era una belleza provocativa, de mirada imperiosa y fuerte, cuyo resplandor semeja un rayo de sol en Occidente; una de esas mujeres que los pintores de la Regencia nos han transmitido en sus cuadros, «la gaza en el cuello, y una estrella sobre la frente,» «la mejilla iluminada, la sangre excitada, los ojos brillantes y grandes, como los ojos de Juno, el porte atrevido, el tocado licencioso, adelantándose del pasado con gracias desvergonzadas y soberbias, semejante a las divinidades de una bacanal.» «Ninguna mujer en la corte sabía arreglar mejor las modas a su cuerpo ni retocar con mano más feliz los velos transparentes que prestaban a sus desnudeces mitológicas el sello agraciado del pudor.»⁽¹⁾

Comprendo que es un crimen traducir, como yo lo hago, este retrato soberbio de una mujer. Con todo, al través de mis frases torpes aun viven los rasgos geniales de los Goncourt, y el lector de buena fe que me sigue en este trabajo, puede penetrarse bastante de las maravillas de ese estilo deslumbrante que ya he analizado.

A Mme. de Mailly, sucedió Felicidad de Nesles, mujer fea de verdad, pero espiritual y de una charla encantadora, y vivaz. Corto fué su reinado en el corazón del rey, y muy pronto la muerte, una muerte misteriosa y terrible, a raíz del parto, dejó la plaza libre a Mme. de la Tournelle. «Había que verla—escriben los Goncourt, pintando, al hacer este retrato, una verdadera acuarela.—«había que ver aquella mujer joven con su cutis de una blancura deslumbradora, de andar indolente, con sus gestos espirituales, la mirada de sus ojos azules, su sonrisa de niña, su fisonomía de pequeña obstinada, y apasionada y sentimental, sus labios húmedos, su seno tembloroso, batiente, siempre agitado por el flujo y reflujo de la vida.» Fué una ver-

dadera reina. Empezó por pedir la expulsión de su hermana mayor, a fin de ser libre; exigió un título de duquesa, para asegurarse contra la volubilidad de su amante, y, en fin, en 1774, intervino en la declaración de guerra al Austria. Es un espíritu de mujer fuerte, imperativo, seco. Humilla al primer ministro, Maurepas, y en una explosión de alegría triunfante, muere.

En esta época, el cansancio invade a Luis XV. Las mujeres le han gastado. Su organismo necesita reposo. La corte empieza a sentir el peso de aquellas manos de nieve que acariciaban a su rey. Por eso, éste no se inquieta por el «bolsazo» que le da madama de Flavacourt,—aquella virtuosa madama de Flavacourt que rechazó las propuestas de Luis XV, hechas por Richelieu con un «y bien; yo prefiero la estima de mis contemporáneos, lo que no fué obstáculo para que se convirtiera, más tarde, en una de las primeras *soupeuses* de la du-Barry.

Pero el paréntesis abierto en los amores del Rey debía durar muy poco. «Una joven desposada ocupaba por aquel entonces el mundo burgés de París con la fama de su talento, de su espíritu y de su belleza. Sus maravillosas aptitudes, y más que nada, su rara y sólida educación, habían dado a esta joven mujer todos los dones y todos los adornos que hacían de una mujer lo que el siglo XVIII llamaba una *virtuose*, un modelo perfecto de las seducciones de su sexo. Jeliotte le había enseñado el canto y el clavicordio; Guibaudet, el baile; y su canto y su baile eran el de una cantante y una bailarina de la ópera. Crébillon le había enseñado, como amigo de la casa, el arte de la declamación; y los amigos de Crébillon habían amoldado aquel espíritu joven a las sutilezas, a las delicadezas, a las puerilidades del sentimiento y la ironía, que era todo el *esprit* de la época.... Y allí, donde las otras podían luchar ventajosamente con ella en el terreno de la coquetería, ella tomaba su revancha por la maestría de su tocado, por la manera peculiar que imprimía a un trapo, por la distinción que daba a cualquier futilidad que la adornara, por el sello que su gusto imponía a todo lo que ella llevaba.... Para encantar y ser graciosa, madama de Etioles tenía «un cutis de la más deslumbrante blancura, labios un tanto pálidos, y unos ojos de color indefinible en los cuales se mezclaban y confundían la seducción de los ojos negros y la seducción de los ojos azules. Tenía cabellos color castaño claro, verdaderamente magníficos, unos dientes arrebataadores y la más deliciosa de las sonrisas—esa sonrisa que le formaba en las mejillas los dos oyeles que nos muestra la estampa de la *Fardinera*; tenía aún un talle redondo, admirablemente cortado, manos perfectas, un conjunto de ademanes y en todo el cuerpo vivo y apasionado, y por sobre todo esto un rostro de una movilidad, de unos cambios, de una animación maravillosa, donde el alma de la mujer cruzaba sin cesar, y que, sin cesar renovada, mostraba alternativamente una ternura conmovida ó imperiosa, una seriedad noble ó una gracia picaresca.»⁽¹⁾

¡Qué admirable miniatura! Los rasgos surgen poderosos y se incrustan en la memoria; los colores despiertan la fantasía. La mujer que llenó el siglo y fué por tanto tiempo dueña y señora de Luis XV, aparece bruscamente desde las primeras páginas del libro como una visión fantástica y encantadora, ostentando toda su grandeza y todo su poder. En esta presentación que nos hacen los artistas historiadores, ya distinguimos a la reina y señora de la época, al ama del siglo. Ella lo resume todo él; sus refinamientos, sus trivialidades, sus delicadezas, sus conocimientos, su libertinaje. Ella es el alma de la época; es la estrella de primera magnitud que ilumina con suaves replandores todo el reinado de su amante. Aparece en el horizonte y el mundo se colorea con sus propios matices: la humanidad se vuelve hacia ella como para saludar el sol naciente; el trono extiende sus gradas llenas de flores para recibirla; el rey está de rodillas, como en los cuentos de hadas, esperando a la dueña de su corazón. Y ella cruza altiva, serena, majestuosa, llenando por sí sola el escenario, destacándose entre la multitud para ir a brillar en la altura, allá donde el destino y la buena fortuna la llaman y desde donde dominará a la nación con un levísimo gesto, con un fruncimiento de labios, con un simple parpadeo. Aquellas manos blancas humillarán a los nobles, abatirán los ministros, encadenarán al Rey. ¡Ah! Pero ella tendrá que luchar terriblemente. Su vida será un combate perpetuo—como más tarde lo dirá ella misma:—tendrá que derramar su llanto, tendrá que retener sus sollozos. Muy presto los sinsabores empiezan a amargar la existencia de la favorita. Apenas sentada en su tono, Maurepas, contemplando el ramo de blancos jacintos que Madama de Pompadour había deshojado durante la cena, le lanza al rostro la famosa redondilla que corrió por toda la Francia:

Par vos façons nobles et franches,
Yris, vous enchanter nos cœurs;
Sur nos pas vous semez des fleurs,
Mais ce ne sont que des fleurs blanches».

Cierto es que el ministro cayó en desgracia, como había de caer más tarde el Conde de Argenson y tantos otros, pero la guerra cruenta hecha a la favorita no decaería un solo día. Tuvo que luchar, primeramente, contra su mismo amante. «A pesar de todas estas seducciones—dicen los Goncourt en el capítulo VI—y de este perpetuo encanto del amor y de los sentidos del Rey, la favorita vease obligada a disputar y reconquistar cada día su poder». Su participación en los asuntos del Estado también le trajeron cuidados sin cuento y hubo de desplegar toda su elocuencia para combatir a Meiniers. La agitación y la lucha debieron de haber hecho derramar más de una vez amargas lágrimas a la dueña de la Francia; pero la verdad es que ella permaneció en el trono contra todos los odios, contra todas las intrigas, contra todos las animosidades que se desplegaron contra ella. Además de este triunfo, tuvo el placer de cumplir sus ambiciones de inmortalidad. Quería pasar a la historia y lo logró. Rousseau, Voltaire,

(1)—Edmond et Jules de Goncourt, *La Duchesse de Chateauroux*, págs. 71 y 72.

(1)—Edmond et Jules de Goncourt, *Madame de Pompadour*, pág. 9 y siguientes.

Créillon, Montesquieu, Marmontel fueron suyos. Voltaire le enviaban estos versos:

"Ainsi donc vous réunissez
Tous les arts, tous les goûts, tous les talents de plaire;
Pompadour, vous embellissez
La cour, le Parmasse et Cythère.
Charme de tous les cœurs, trésor d'un seul mortel,
Qu'un sort si beau soit éternel."

No; no se cumplió el deseo de Arouet: aquellas rudas fatigas, aquellos trabajos continuados, aquella guerra sin segunda, aquel combate de todos los momentos tenían que aniquilarlas. Aquella máquina asombrosa que, durante el día, ordenaba y disponía como reina, tomando participación en todos los asuntos—hasta en la guerra de siete años, como lo demuestran los autores,—y que, por la noche, desmenuzaba las intrigas tejidas contra ella, esbozaba planes, atráíase a los literatos, borronaba su correspondencia y concluía embriagando al rey con el néctar de su belleza, tenía que gastarse forzosamente. Pero, aun en sus posteriores instantes, no abandonó el cetro. Era reina y quería morir como reina. En los últimos minutos todavía revisaba el correo. Y cuando la muerte vino a robarle la última luz de sus ojos y el último aliento de su pecho, aun fué reina, murmurando una frase como las heroínas de la antigüedad: *Un momento, señor cura, nos iremos juntos.*

Siento grande pesar de no poder dedicar en este estudio toda la atención que se merece obra tan interesante. Ella es una de las más bellas que hayan brotado de la pluma de los geniales artífices. El retrato moral que de la Pompadour nos trazan los Goncourt en uno de los últimos capítulos del libro es una verdadera joya. Allí se nos presenta a la favorita en su ocaso: es el sol que muere; aquel sol que en la portada del libro surgía en el Oriente esplendoroso y brillante, ahora cae entre brumas, mustio y apagado, sin sus reflejos y aureolas. El verdadero espíritu de la mujer es puesto de relieve sin cendales ni flores; su corazón aterroriza; su alma epana. Pero al morir la mujer, arrastra también a la tumba el lujo del reino y la dignidad del Rey.

En efecto; Luis XV olvida su cetro y su diadema y tiende su mano a una obscura muchacha del pueblo a una hija natural de Ana Béqui, de apodo Quantiny. Es el último paso en falso dado por el Rey. Una vez caída la du-Barry, él irá a buscar amores entre el cieno de la calle, entre las sombras del Parc aux Cerfs. Pero, en cambio, ¡qué hermosa mujer esta pequeña Juana! Ved el retrato que nos trazan los Goncourt: «Sus cabellos eran los más bellos, los más largos, los más sedosos, los más rubios del mundo, y de un rubio ceniciento, y rizados como los cabellos que conservan sobre la frente de la mujer como una supervivencia adorable de la virgen. Tenía ella, ¡contraste encantador! unas cejas oscuras y unas pestañas negras y arqueadas, que sombreaban sus ojos azules, que no se veían casi nunca abiertos del todo, y de donde se desprendían al soslayo miradas extendidas, ojeadas adormecidas que eran la mirada de la voluptuosidad. Luego era una nariz pequeña tallada finamente, y el arco recogido de una boca deliciosamente mimosa. Tenía un cutis, un tinte, una piel que el siglo comparaba a un pétalo

de rosa caído en la leche. Tenía un cuello que parecía el cuello de una estatua antigua, alargado por el Parmesano para balancearse delicadamente sobre su redonda espalda muy caída. Y todavía, un brazo, un pie, una mano... y mil bellezas de detalle. Había en ella la juventud victoriosa, la vida y algo como la divinidad de una Hebe; en torno de ella flotaba esa atmósfera enervante, esa luz de diosa enamorada que hacía cantar a Voltaire ante uno de sus retratos: *El origen ¡el estaba hecho para los dioses!*.» (1) Pues, ahora que habéis conocido a la du-Barry en la época de su esplendor, en la época de su presentación a Versalles, comparado ese retrato soberbio con este otro que los Goncourt nos trazan de la misma mujer a los cuarenta años: «La cabeza muellemente inclinada, la espalda caída, los brazos abandonados, los cabellos sueltos y rodando en bucles locos por su espalda, ella deja caer de sus ojos moribundos y rientes, velados por la languidez, chispeantes de deseo, unos de esas miradas dulcemente radiosas que semejan una luz en medio de una onda vaporosa. Su pequeña nariz tiembla, una semi-sonrisa cosquilla como cuando inquieto a su boca que se contrae. Y al mirar ese rostro encantador, ese óvalo amorosamente redondeado por los años, parece que se ve en ese retrato la Voluptuosidad del décimo-octavo siglo: una bacante de Greuze.» (2)

Y esta mujer encantadora, que fué la última de las queridas de Luis XV y la que cerró su reinado, pagó bien duramente el haber abandonado el pueblo para sentarse en el trono vacante de la Pompadour: fué conducida al patíbulo, como María Antonieta, y hubo de devorar en silencio todos sus dolores y las más graves injurias. Un carbonero que se atravesó a su paso, le cruzó el rostro con una bofetada.

Estas cinco mujeres comprenden todo el reinado de Luis XV. Haciendo su historia, los Goncourt han hecho la historia del siglo XVIII. Todo aquel siglo de voluptuosidades y caprichos está encerrado en estos tres volúmenes. Y por encima de esa obra colosal alzáse triunfante y esplendorosa la Mujer, la dueña de la Francia en aquellos tiempos; esa deidad todopoderosa sintetizada en estos cinco retratos que yo he reunidos aquí para que puedan los lectores compararlos fácilmente; esa soberana del amor que ha dado ocasión a los Goncourt, para lucir sus privilegiadas dotes de artífices y pintores.

En cuanto a la enseñanza moral que se desprende de esos tres volúmenes, no puede ser más alta y más eficaz. Ellos nos enseñan que la mujer,—así salga de la nobleza como de la burguesía ó del pueblo,—con sus vanidades, sus caprichos, sus debilidades, su naturaleza, sus tiranías, sus pasiones, sus cóleras, desprecia el poder, arruina la autoridad, sacrifica al pueblo y envilece al Rey. Ellos nos enseñan que esas favoritas fueron la causa primordial de la desorganización de la nobleza y de la corrupción de la sociedad. Ellos nos enseñan que, desde el Rey hasta el último cortesano,

todos perdieron ese sentimiento que jamás debe desaparecer del seno de la sociedad: el honor; y que, perdiendo éste, ahogada la aristocracia por las intrigas, acusaciones y calumnias, ahorrado el pueblo por los caprichos de una mujer, las debilidades del soberano y la licencia general, cuyos desenfrenos, lujos y gastos deberían satisfacer los contribuyentes, la consecuencia forzosa era una reacción terrible por parte de la opinión pública contra aquel estado social que ya no le deslumbraba con su pompa y oropeles: la revolución de 1789.

VICTOR PÉREZ PETIT.

(Continuará).

SONATINA

Preludio

A ti, luz de mi alma, que has sabido
Inspirarme la idea del amor
Con ese santo anhelo, que perdido
Para siempre pensé en mi corazón;

A ti, oh hermosa m'a, he dedicado
Mis versos que remito a tu bondad,
Pobres flores marchitas que han brotado
A los ardientes besos de mi afán.

Ellos forman amantes un poema
Que íntimo nació dentro de mí,
Llevando como solo, único lema
Esta frase que adoro: ¡Para ti!

En él encontrarás mis ilusiones,
Mi esperanza, mi fe, mi juventud,
Y en el fondo de todas mis canciones
Mírate bien, mi amor, que allí estás tú.

Si fuera tal mi suerte, que en tu boca
Mis versos escuchara alguna vez,
Entonces ¡oh feliz! con ansia loca,
Lleno de gratitud, caeré a tus pies!

Serenata

No soy el trovador de los amores
Que canta eternamente su alegría,
Y en tus vergeles de pintadas flores
Dejando va su rítmica armonía.

De mi laúd al són de la cadencia
Tu dulce nombre a repetir me atrevo,
Y en tus cariños ó en tu indiferencia
La franca inspiración es donde bebo.

Cuando tu boca me sonríe, canto:
Bajo la voz si en tu desdén me alejas,
Y mis arranques de delirio tanto
Modulan mis anhelos y mis quejas.

Al pie de tu balcón, el alma altiva,
Llego impulsado por mi fe constante
Buscando tu mirar, que me cautiva
Y me enloquece instante por instante.

No sé por qué me atraes, ni tampoco
Por qué me cruzo auzad en tu camino...
Quizás me llames insensato ó loco
Si fui a tu corazón y erré el destino!

Quiero tu amor porque tu amor se alza
Con imperioso vuelo en mi cabeza...
No me desdeñes: mi pasión no es falsa,
Porque tampoco es falsa tu belleza.

Mis sueños en fugaces espejismos
Me traen la visión de tu hermosura,
Y tus ojos, que tientan como abismos,
Un mundo de placer y de ternura.

(1) —Edmond et Jules de Goncourt, *La du-Barry*, pág. 54.

(2) Id., *Ibidem*, pág. 215.

No vivo nunca sin tenerlo al lado;
Si pienso en Dios es que en ti misma pienso,
Y así, loco, feliz y enamorado,
Cifro en tu amor mi porvenir inmenso.

Cuando en la fiebre del dolor me pierdo,
Como se pierde un naufrago en los mares,
Reclino mi cabeza en tu recuerdo
Y en él se desvanecen mis pesares.

No sé si te merezco... Mas anhelo
La fruición de tu alma con la mía
Para formar entre las dos un cielo
Hecho de gloria, luz é idolatría.

Siento tu voz vibrar en mis canciones,
Escucho tu latir en mi latido,
Y hasta me creo nuestros corazones
Dos aves que alzan juntas el volido.

Tu amor es mi esperanza—poesía
Que en éxtasis sublime me prosterna—
Y ajena al desengaño, amada mía,
Tu amor es mi esperanza siempre eterna!

PEDRO MARTÍ.

REMINISCENCIAS

El recuerdo es la estrofa del pasado,
La risa del dolor en esta vida,
Bella flor que las tumbas tan brotado
Por los celajes del ayer teñida,

Para mi alma, que aun sueña con la hermosa
Visión de un día, que dejó su rastro
En mis delirios de color de rosa,
Como una estela de fulgores de astro;

Con la beldad de seducciones tantas,
Que un ángel invisible la seguía
Esmaltando las huellas de sus plantas
Con chispeos de excelsa pedrería;

Con creación tan divina y pura
Cual virgen del insignie sevillano,
Alianza de la célica hermosura
Y de un sincero corazón humano.

Dicen las flores del jardín do un día,
En la explosión de férvido embeleso,
Vibraron nuestros labios la armonía
De dos bocas que cantan en un beso,

Que ella tenía la gentil belleza
De un fresco nardo en su primer mañana;
De las tintas del Iris la pureza,
Y que era de la luz mágica hermana.

Fué en el tiempo en que alfombras de esmeralda
Extienden esperanzas é ilusiones,
Cual verdes arbores en la falda
Del monte de las pristinas pasiones,

En que, como raudal abriellantado,
Las horas pasan murmurando amores
Y en que el hombre á sus dichas entregado
Halló más vida, más placer, más flores,

Cuando febril, apasionada, hermosa,
Suelto el cabello, palpitante el seno,
Ella á mi alma brindóle ruboresa
Vaso de amor hasta los bordes lleno,

Un griego soñaría al contemplarla
A Psiquis ver entre flotantes velos,
Despertando el deseo de adorarla
Y con ella volar hasta los cielos!...

De noche, cuando en medio de un ensueño
Los niños juegan con celestes hadas
Y al lecho de las vírgenes risueño
Prende un ángel cortinas sonrosadas,

En el acento de la brisa inquieta,
Que pasa como música entre flores,
Con remedos de un himno de Julieta
Perdido entre perfumes y colores,

Me canta eterno amor en juramentos
Que renuevan en mí muertos placeres
Y dejan como un eco, sus acentos,
De suspiros y besos de mujeres!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Nocturno campestre

Rocha, Setiembre 22 de 1895.

Sres. Redactores de la REVISTA NACIONAL.

Por si la consideran digna de figurar en las columnas de esta "Revista", me permito remitirles la adjunta composición.

Ella reúne, al menos, una de las condiciones impuestas á los trabajos que deben ver la luz en esta publicación—la de ser inédita; pues solamente ha sido reproducida en un fonógrafo que funciona desde hace algunos días en esta localidad.

Deseándoles el merecido éxito en la patriótica labor que han emprendido á favor de las letras nacionales me complazco en saludarlos con la mayor consideración y estima.

FRANCISCO H. LÓPEZ.

Se oculta el sol tras las lejanas lomas,
Tiende la noche su tupido velo
Y envían sólo al silencioso suelo
Las pálidas luciérnagas su luz.

Ni el suave aliento de las tenues auras
La placidez de este reposo altera....
¡La Naturaleza se aduerme cual si fuera
Virgen que amor no ha conocido aún!

En medio á las tinieblas que la envuelven
La vista en vano en percibir se afana:
No hay formas; no hay color; nada engalana
Del campo la solemne majestad.

Apenas turban su silencio augusto:
De la lechuza el cántico agorero,
El chirrido de alerta teruterio
Ó los ladridos de irritado can.

La soledad que en torno se espacia
Del rancho que me sirve de morada,
Brinda á la mente la ocasión ansiada
De poderse á sus anchas expandir.
¡Silencio y soledad!—Con cuánto empeño
Hallaros quiere el alma dolorida!...
¡Tras las rudas batallas de la vida
Vosotros dais consuelo al infeliz!

Lejos del mundo y sus falaces goces,
En estas horas de apacible calma
Tan sólo acude lo grandioso al alma
Y lo plácido y tierno al corazón.

Como enjambre de abejas brilladoras
Los ideales acuden á la mente:
El alma se extasia, el pecho siente
Algo sublime que jamás sintió.

Primero piénsase en el ángel puro
Que el dulce néctar del amor derrama
Y á cuyo influjo la pasión se inflama
Con volcánico ardor en nuestro sér.

Todo un mundo de afectos entrañables
En este instante el corazón anida;
Y de las gratas horas de la vida
Los recuerdos se agolpan en tropel.

Ensanchando su esfera las ideas
Y el sentimiento remontando vuelo,
Sucédense un anhelo y otro anhelo
Como cadena eslabonada así:—

La humanidad, la patria y la familia;
El principio y el fin de la existencia;
La verdad, el honor y la conciencia;
El pasado, el presente, el porvenir.

Así el mundo moral vívido luce
Ante la propia criatura humana,
Que ostenta la potencia soberana
De su pristino y perennal fulgor.
¡Cerebro y corazón!—Fuentes fecundas
De dicha y de pesar. Aquí en la tierra,
Cuanto de grande y noble el hombre encierra,
Es de vosotros pura emanación!

FRANCISCO H. LÓPEZ.

UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

(Continuación)

Marta Ferrara, ¿puede olvidar á su antiguo novio? Creo firmemente que no; puede haber dejado de amarlo, podrá serle indiferente, tal vez le odie, pero es imposible que su recuerdo no esté en su memoria. Y esto, que á primera vista parece insignificante y sin valor alguno, es de suma importancia. Nosotros no podemos prever las infinitas emociones, cambios, ideas y acciones reflejas que solicitan el espíritu ya en un sentido, ya en otro, y de ahí el que hechos á los que no damos ninguna trascendencia y acciones puramente fortuitas traigan aparejados cambios radicalísimos en el sér que los experimenta. ¿Quién podrá asegurar que nunca volverá á amar á la persona que odia actualmente? ¿Por qué ese amor que se ha creído muerto y terminado, no ha de resucitar algún día más grande y poderoso? La mujer que ha escuchado de nuestros labios las primeras frases de pasión y que se ha visto envuelta por nuestras caricias, ¿podrá ser ajena á nuestra memoria cuando otro hombre pronuncie á su oído frases y palabras semejantes, ó cuando la envuelva en caricias que, como las nuestras de antaño, herirán los mismos nervios produciendo idéntica sensación? ¿Cuántos de los actos del amante actual, inconscientes, no impulsan á la mujer hacia su antiguo amor? ¿Qué cúmulo inmenso de circunstancias, á veces de detalles imperceptibles, no llevan en sí una solución terrible, la del adulterio, por ejemplo?

Pero, entonces, ¿debemos renunciar al amor? ¿debemos dudar de toda mujer? Es la solución que se impone y la única que concibo. Mas, siguiendo esto así, ¿cómo se explica que existan tantos seres felices, que viven unidos y tranquilos con ese lazo? ¿Cómo es que hay seres innumerables que endulzan su existencia con tales

mentiras? ¿Cómo es que la fría realidad no desmorona un día su aéreo castillo pasional?

¿Por ventura, serán esos seres más sabios o filósofos que yo? ¿Serán más tontos, por lo contrario? ¿No dependerá todo el problema del temperamento individual? Y si yo pensara como los demás hombres, ¿no alcanzaría esa dicha del amor?

¿Pero es que puedo yo pretender el amor de Marta? Miremos la cuestión por su lado práctico: yo soy pobre y mi porvenir no me deja entrever una sencilla luz de esperanza; ella, según parece, no tiene fortuna, ... conque, ¿cómo podría fundar un hogar? Mi sueldo no me basta para mí mismo y no sé que empleo mejor pueda conseguir. Extiendo mi vista á lo lejos y no veo más que largos é interminables años de estrechez en mi vida, ¿es con esto que pretenderé á Marta?

Por otra parte, ni aún como simple novio puedo presentarme. Ella irá á paseos, á bailes, á teatros... ¡qué sé yo! ¿Y bien? ¿Con cuales rentas puedo contar para seguirla á esos paseos ó á esas diversiones? ¿Con qué dinero me hago trajes y me compro corbatas y la regalo bombones ó lo que sean, según es de fórmula que lo haga todo novio?

No, yo no puedo amar á Marta.

2 de Diciembre.

Estoy meditando, hace ya largo rato, en todo lo que escribí ayer noche. La verdad es que he tomado con mucha gravedad la cuestión y que, para llegar á la conclusión definitiva, he escrito páginas y páginas. ¿No será una prueba palpable que estoy enamorado ésta de preocuparme tan largamente de la señorita de Ferrara? Si yo no la quiero á ella ni creo en su amor ni en el de mujer alguna, ¿á santo de qué tantas filosofías y reflexiones? Con haber hecho constar, por ejemplo, que la había encontrado, varios días consecutivos, por la calle y que había sentido halagado mi amor propio (nada más) con las miradas que ella me dirigió, punto redondo. Tengo pues que analizarlo detenidamente.

¿Estoy ó no enamorado de Marta?—he aquí la única cuestión. Que ella me mire y yo me encuentre satisfecho de ser mirado por ojos tan lindos, no tiene nada de particular: ésto, más que amor, es vanidad. Que yo haya pretendido seguirla, puede haber sido un movimiento irreflexivo, —y lo fué en efecto, pues no llevé á término ese propósito,—una de esas ocurrencias que cometemos por tontería, capricho, satisfacción... ¡Alto! ¿He dicho satisfacción? ¿Encontraría satisfacción en seguir los pasos de la de Ferrara? Pues pensándolo fríamente, no lo creo. En primer lugar, pudiendo haberlo hecho, la he dejado seguir por su camino y yo continué el mío. Luego, no siento remordimiento alguno. Así que la perdí de vista se dispó el encanto que sobre mí pueden tener sus ojos... Porque ésto sí, no hay que negarlo: me gustan bastante esos ojos negros, profundos, de mirar melancólico y sensual. Pero no veo que aquí haya amor. Por esas calles andan muchas mujeres que tienen unos ojos divinos—sin metáfora—y que me deleitan. Me estaría mirándolos durante horas enteras y cuando pasan á mi lado experimento un secreto alborozo, mayor que el que hasta ahora me ha causado con los suyos Marta Ferrara.

Por lo demás, no me he acordado de ella durante todo el día. Ahora, tan sólo, releendo lo que escribí ayer, se me ocurren estas reflexiones. Pregunto: si estuviera enamorado, ¿no pen-

saría en ella continuamente? ¡Claro que sí! Pues bien; así como no ha cruzado por mi mente ni una sola vez su imagen, así también ahora que en ella pienso ninguna sensación conmueve mi pecho. Estoy indiferente: ni su memoria me causa pacer ni siento disgusto alguno por no haberla visto en el día de hoy. He estado en la redacción; he paseado con López, he ido al teatro... ¡y nada de Marta! Me he divertido perfectamente sin ella.

La causa de mi «tirada» de ayer creo explicármela muy claramente. Estaba bastante nervioso, bastante triste, bastante aburrido y otros bastantes no menos calamitosos: tenía necesidad de filosofar sobre cualquier tema; cayó el nombre de la señorita de Ferrara de entre las barbas de mi pluma, y ¡dale! la imaginación y el cerebro se dieron un hartazgo de filosofía... Eso fué todo... Ahora, estoy perfectamente tranquilo.

Y nada más de importancia tengo que anotar respecto al día de hoy.

3 de Diciembre.

¡Que este diario maldito, á quien Dios confunda, me va á matar á disgusto, no cabe duda alguna!

Me refiero al *Pensamiento*, no á este diario de mi vida cuya monotonía y amargo pesimismo también me van reventando. Pero hoy, por hoy, *El Pensamiento* es el que me quemaba la sangre y alborota los nervios.

La verdad que no hay mayor desgracia que ser pobre y tener que estar sujeto á la voluntad ajena, vendiendo por un poco de dinero la libertad personal. Tal vez todos los oficios tengan sus *peros* y causen serios disgustos y reflexiones semejantes á las que á mí se me ocurren ahora; pero dudo que sean tan cargantes como el mío. Porque esto de vivir para emborronar cuartillas sin tomar aliento ni alimento ni provecho, destrozándose la salud, agotando las fuerzas físicas, cristalizando la inteligencia y pillándose, por toda recompensa, un disgusto por día, un desengaño por hora, una rabieta por minuto, es algo infame!

Hoy se ha armado un lío espantoso en la redacción. El Director me encargó un suelto político y lo hice según el plan que él me indicó. Luego, sin saber nosotros nada, un *reporter* escribió sobre el mismo asunto, pero exponiendo ideas contrarias á las de mi suelto. El «regente» me trajo el original del *reporter*; yo se lo presenté al Director; éste no le encontró la diferencia que yo le señalaba y la cosa fué á las cajas. Pues bien, esta tarde entra mi señor Director hecho una fiera contra el suelto de la referencia, y la emprende conmigo. Contesto que yo no tengo nada que ver desde el momento en que él dió su aprobación para que fuera publicado. Él dice que no lo leyó, porque estaba ocupado en otras cosas. Yo insisto en que le hice notar la disparidad de ideas entre mi suelto y el del *reporter*. Las voces suben; yo me emperro; el Director grita y se pasea á paso de león y en lo mejor de la gresca, ¡zas! mi *reporter* que aparece por el foro. Verle y abalanzarse sobre él, todo fué un acto mismo. El pobre hombre abrió tamaños ojos, sin comprender desde luego lo que se le decía; después concluyó por amoscarse también. El tole-tole fué aumentando y yo me retiré tranquilamente hacia la derecha, fastidiado grandemente y echando á los diablos al diario, á su Director, á los *reporters* y á los sueltos políticos. Pero, en fin, en esto estábamos cuan-

do el recién venido le suelta al Director que él, el *reporter*, es el que daba la noticia exacta, pues en el que yo había hecho había dos noticias falsas. ¡Santa Bárbara! ¿Vds. dirán que nuestro señor Director rebatió tal aseveración pues que él, á fin de cuentas, venía á ser el verdadero autor de mi suelto? ¡Qué si quieres! El hombre soltó al *reporter* y la emprendió conmigo. Y fué en vano que tratara de decirle que él mismo es el que me había dado la noticia para que la comentara de este y del otro modo. El gran bellaco no quiso convencerse, y como si tuviera razón para indignarse, salió echando chispa; contra toda la redacción en masa.

Y no terminó aquí la marimorena. Salió el hombre fuera y ocupó su sitio el redactor, un tal García, hombre bruto si los hay, con muchas ínfulas de sabio y unos humos de aristócrata que apestan. Vinose hacia mí, y empezó su discurso con la nueva de que por culpa mía el señor Director le había recriminado á él su poca vigilancia en los asuntos del periódico. Claro está que no le suporté sus impertinencias, y allí ardió Troya. Vino el «regente», apareció el *reporter* consabido, intervinieron dos cronistas más y la discusión adquirió proporciones gigantescas. Fué un bochinche fenomenal. El tal García dice que se marcha, que ya no quiere saber nada con el diario y que mañana así se lo lo va á decir al Director. Por supuesto que no creo en esa firme resolución; ya veremos.

En fin, una pelotera indecente que me da asco. Y basta por hoy.

4 de Diciembre.

Lo dicho. El fulano García ni se ha marchado ni ha dicho una palabra al Director. Hoy hemos trabajado como unos bestias, sin tomar resuello. Estoy rendido. Me voy á acostar.

(Continuará.)

SOBRE "REMINISCENCIAS DE RIO JANEIRO"

El correo de Río Janeiro nos impresionaba gratamente con el testimonio de la honrosa repercusión hallada en tierra extraña por una de las páginas de colaboración que en mayor grado avaloran el peculio literario de la REVISTA. Las reminiscencias de la naturaleza tropical que Rafael Sienna ha expresado en tan gallarda forma, conciliando en ellas á la opulencia del color la intensidad del sentimiento, han sido objeto por parte de la prensa y la opinión literaria de aquella capital de una entusiasta acogida.—"O Jornal do Comercio", "O Jornal do Brazil", la "Gaceta da tarde", la "Cidade do Rio", las "Noticias" reflejan en términos honrosos esa favorable impresión, y dos reputados hombres de letras—Arthur Azevedo y Carlos Ferreira Buarques—escriben al respecto muy hermosos artículos.

"O Pais", el diario de Quintín Bocayuva, uno de las más conceptuadas é importantes publicaciones de la América, después de juzgar elogiosamente la página descriptiva que esta REVISTA ha dado á conocer, recuerda el libro fatimo en que Rafael Sienna hizo revelación de sus dotes literarias y que contra la propia voluntad del autor salvó bien pronto los límites del círculo amistoso á que él hubiera querido circunscribir la propagación de sus confidencias. Los "Recuer-

dos de Carola"—dice el citado diario—son páginas escritas con lágrimas y sangre, que á todos interesan, y que ahora y siempre y mientras no se sequen en el corazón humano las fibras del sentimiento, conservarán su palpitante interés".—Sigue á esto una indicación que desearíamos ver atendida por el autor de la obra á que se alude, para que ella sea entregada plenamente á la publicidad, sin las limitaciones de la edición primera. El carácter de intimidad que la obra reviste no debe ser para ello un obstáculo:—todos tienen derecho á reclamar una parte en el dolor que la forma bella redime de la fugacidad de las cosas vulgares de la vida. De todo libro de confesiones inspirado en las fuentes eternas é invariables del sentimiento podría afirmarse, generalizando lo que se ha dicho á propósito del divino «Intermezzo» que es á la vez del más individual el más universal de todos los libros.

LA BANCARROTA DE LA CIENCIA

TESIS PRESENTADA Á LA UNIVERSIDAD POR EL SEÑOR PEDRO BOLONDO PARA OPTAR AL TÍTULO DE BACHILLER EN CIENCIAS Y LETRAS.

(Tribunal examinador: señores Dr. Claudio Williman, Pte. Luis D. Destefanis, Dr. Miguel Lapeyre y Dr. Daniel Martínez Vigil.)

Un escritor francés de gran talento tuvo ocasión no ha mucho tiempo de remover y tratar una vez más el viejo problema de la razón y de la fe, el eterno proceso intentado por la religión contra la ciencia: con este pretexto la metafísica ha tenido una ocasión más para ponerse frente á la filosofía positiva.

Brunetière acusa á la ciencia de haber quebrado, sirviéndonos de sus propios términos; y trata de demostrar que los progresos de la moral no han seguido paralelamente á los de la ciencia, agregando que no ha mejorado la condición intelectual y material de la humanidad. No teniendo á la vista el texto del ataque, estamos suficientemente garantidos contra la pretensión de hacer una refutación completa; además sabemos por oídas que voces autorizadas se han hecho oír, y bastará citar entre otros nombres el de Berthelot para estar seguros de que hay poco que decir después de la defensa que se ha hecho. El objeto de este modesto trabajo no es pues aportar á ese debate ideas originales ó nuevos argumentos, sino simplemente consignar nuestros sentimientos de profunda fe, de confianza absoluta en los destinos de la humanidad. Seguros estamos que la exposición sincera de nuestra manera de pensar en esta cuestión, será acogida, sino con favor que no lo merece nuestra insuficiencia, al menos con indulgencia en una Universidad que pone, por encima de todo, la libre investigación de la verdad y la independencia del pensamiento. Dicho esto, entremos de lleno en la cuestión.

¿Hay derecho de acusar á la ciencia de haber quebrado cuando no se ha podido probar que haya prometido lo que no ha dado? ¿Dónde y cuándo se ha comprometi-

do la ciencia á dar á plazo fijo la solución experimental de la cuestión de los orígenes y de los destinos de la humanidad? ¿de asegurar para tal ó cual día y para todos la felicidad completa; de transformar la tierra en un paraíso; de hacer, en una palabra, que todo fuera mejor en el mejor de los mundos posibles? Si ha sucedido que algunos pensadores metafísicos impenitentes, aunque proclamándose materialistas, han tentado explicar lo que no se explica; si esta quimera de la felicidad completa ha encontrado asidero en el espíritu de algunos idealistas, llámense estos Morus, St-Simon ó Fourier; por qué se ha de hacer responsable á la ciencia de esos sueños y utopías, que son la negación de sus principios y de sus métodos? Condorcet concebía el progreso de un modo más exacto y preciso, y poco tiempo antes de su muerte, celebraba los destinos futuros de la especie humana, basándose en los resultados de la historia. Entreveía la desaparición de la desigualdad entre los pueblos y de sus luchas, así como de la desigualdad de las clases, deduciendo de ahí un perfeccionamiento considerable de nuestra especie; mejores métodos permitiendo una más rápida instrucción, más amplia y más repartida; las ciencias naturales desarrollándose primero, luego las ciencias filosóficas y morales, y finalmente la ciencia social. Del progreso de las unas vendrían invenciones que aumentarían y esparcirían el bienestar; del progreso de las otras nacerían instituciones y leyes más justas, la igualdad de los derechos, el fin de la guerra de conquista, el aumento de la duración media de la vida.

Este precursor de los positivistas abandonaba por completo la investigación de las causas primeras y finales; estimaba que eran cuestiones inaccesibles á la experimentación, y por consiguiente estéril su estudio. Augusto Comte pensaba lo mismo. Littré también. Se les ha objetado que el espíritu humano está fatalmente ligado á estas especulaciones, á las que nunca renunciaría; que él quiere y persigue una metafísica. A lo cual responden los primeros: que desde hace cincuenta siglos, persiguen la solución de esos problemas vigorosos talentos, sin que hoy conozcamos nada, absolutamente nada. A este otro reproche que se les hace de representar á la naturaleza como un todo bastándose á sí misma; de trasladar la idea absoluta de Dios, contestan los otros que ellos no saben ni quieren saber si la naturaleza se basta á sí misma; todo lo que ellos saben es que el mundo accesible á nuestros sentidos, está regido por ciertas propiedades y leyes que las ciencias positivas han podido formular. La religión adivina las cosas antes de conocerlas y las explica por voluntades superiores; la metafísica también las adivina en lugar de conocerlas y las explica por conceptos racionales puros. La ciencia no las adivina, y si las observa para conocerlas, no las explica, pero las clasifica y ordena. No trata de conocer la esencia del mundo ni se eleva tampoco por encima de los fenómenos; no se preocupa del *porqué* sino del *cómo*. ¿Hay una substancia espiritual? Un ser divino, una naturaleza, un origen ó un destino del hombre, distintos de la naturaleza,

del origen y del destino del cuerpo? Estas preguntas no se plantean para la filosofía, porque tampoco se plantean para la ciencia la filosofía positiva no las resolverá negativamente; ella no se ocupará de discutirlos. Ahora bien, siendo esta filosofía la que en nuestros tiempos tiene por adeptos á la universalidad de los sabios, no es más que por un excesivo abuso de palabras que se acusa por esa abstención de *haber quebrado* á la ciencia.

Habiendo resueltamente abdicado toda pretensión en el terreno de lo absoluto, no persiguiendo otra certidumbre fuera de la que se alcanza por la observación y la experiencia, la ciencia dedicará más eficazmente su actividad en el dominio de lo humano. Un progreso se ha realizado en estos últimos años. Los trabajos de los físicos han establecido que todas las fuerzas del mundo entero son transformables las unas en otras, equivaliéndose. Las fuerzas no difieren en realidad sino por su forma,—tienen una común medida, el trabajo; todos esos agentes, calor, luz, electricidad, afinidad, etc., no son más que modalidades del principio dinámico esparcido, como la materia, en cantidad invariable en el Universo. Nacida ayer esta gran doctrina de la reciprocidad de las fuerzas, domina ya todas las ciencias físico químicas; ya ha conquistado en la Biología un puesto que se ensancha todo los días y que no puede perder. Ella es bastante general para abrazar las actividades del mundo organizado con las del mundo orgánico. Un sabio á quien no se podría acusar, sin injusticia, de temeridad filosófica, Claudio Bernard se expresa en estos términos:

«No hay más que una mecánica, una física, una química que comprendan en sus leyes todos los fenómenos que se cumplen alrededor de nosotros, sea en los organismos vivos, sea en los organismos brutos.»

La vida ya no se define una lucha sostenida contra los agentes exteriores, sino un esfuerzo incesante para realizar la armonía entre las actividades de cada organismo y las condiciones del medio ambiente. En Historia Natural, la doctrina de las revoluciones del globo y de las creaciones sucesivas de las especies ha hecho lugar á la de la evolución que muestra á la tierra modificándose lentamente bajo el influjo de acciones inmanentes y las especies perfeccionándose sin cesar, bajo la influencia de causas que obran permanentemente y sometidas á una ley que interviene siempre: la persistencia del más apto, como dice Herbert Spencer.

Eliminando al hombre del puesto aislado que se había atribuido, la doctrina de que hablo enseña que él es un eslabón de una cadena de la que el primero corresponde á los seres primitivos; ella ha encontrado en las formas porque atraviesa el hombre antes de su nacimiento, los vestigios legados por la herencia de las especies diversas que cuenta entre sus antepasados. Estudiando los restos sepultados en las capas de la tierra y revelándonos la existencia de nuestros abuelos más próximos, salvajes groseros, ha arruinado la antigua creencia de una edad de oro colocada por tradición en la cuna de los pueblos. Ella nos hace ver,

cómo la especie humana sometida á las mismas leyes que las otras especies, se ha perfeccionado y continúa perfeccionándose todos los días.

La ciencia no se ha limitado al estudio del desarrollo físico del hombre; lo ha seguido en su evolución mental y gracias á métodos precisos ha renovado enteramente este estudio. Ha podido reconstituir como la condición física de los primeros hombres, su estado intelectual, las génesis de sus sentimientos; ha establecido las relaciones entre el desarrollo de la inteligencia y el de los sentimientos; concibe hoy su lento é incesante acrecimiento por la acción de factores diversos entre los cuales los más importantes son: la experiencia, el medio, la adquisición del lenguaje, la selección, la herencia. Ella ha demostrado también que las sociedades con los elementos variados que entran en su constitución, familia, instituciones, creencias, obedecen á necesidades rigurosas; que, como los individuos, ellas no pueden alcanzar un estado determinado de desarrollo sin haber pasado por fases inferiores.

Las formas políticas, religiosas y sociales á las cuales llega una raza, no dependen en manera alguna de su voluntad, sino que son el resultado de los sentimientos, de las ideas, de los hábitos que han marcado su pasado. Cada período de su existencia ha tenido la moral y las instituciones que debían tener y no ha podido tener otras.

Habiendo procedido á esta escrupulosa investigación sumaria del hombre y de la naturaleza, la ciencia se jacta de haber encontrado la ley dinámica de la existencia individual y colectiva como ha encontrado la ley estática; se abroga á sí misma la misión de dirigir las actividades psíquicas, como las fuerzas físicas en sus múltiples manifestaciones; afirma que es la fuente de todo progreso material y moral, arte, poesía, política, moral, industria, atendido á que todo deriva del conocimiento de la verdad y de los métodos científicos.

¿La poesía? Si echamos una rápida ojeada á la historia, se ve que el sentimiento de lo bello, domina las razas humanas en un grado tanto más elevado, cuanto ellas ocupan un puesto más avanzado en la civilización: el arte y la poesía no alcanzan toda su perfección sino por un estrecho acuerdo de sus concepciones con el conocimiento de la naturaleza y de las realidades constatadas por la ciencia. En el presente como en el pasado los poetas no se han contentado con consagrar sus más sublimes acentos á la glorificación de los héroes y de las grandes acciones de los pueblos: también han sabido revestir con magnífico ropaje las concepciones más severas de la ciencia, celebrando con palabras diversas los humildes trabajos de los campos, así como las revoluciones sublimes de los cielos. Poeta, vates. No tendríamos más dificultad que la de la elección, si tuviéramos que citar en apoyo de esta proposición, que á menudo la poesía ha presentado la razón y la naturaleza de las cosas antes que la ciencia las explique. Por definición objetiva y subjetiva, la poesía es el sublime acuerdo de lo verdadero y de lo bello. Por otra parte, el arte no

ha esperado ninguna revolución para aparecer y extenderse. El Egipto había tenido su colosal arquitectura; los Asirios habían multiplicado esos imponentes monumentos cuyos restos enriquecen todos los días nuestros museos; la Grecia había alcanzado una inimitable perfección en arquitectura y escultura sin que ningún dios le hubiera dictado las reglas de su sublime estética.

Estos pueblos han sentido y expresado lo bello con las líneas y formas que más se armonizaban con su cielo, sus horizontes y sus contornos. La aparición del arte cristiano que ha caracterizado á la Edad media, era á su vez la manifestación necesaria de las vagas aspiraciones, de las ingenuas creencias de ese tiempo.

Digamos al paso que sería error creer, como se ha hecho por mucho tiempo, que los artistas del siglo XIII no poseyeran una doctrina bien definida y conocimientos extensos; ahí está el álbum de Villart d' Horricourt para atestiguarlo.

En el Renacimiento el espíritu libertado del dogma religioso y de la disciplina escolástica, gozando de completa libertad, abre para las letras y las artes una nueva era. La pintura y la escultura no tuvieron ya que inspirarse exclusivamente en el simbolismo cristiano; ya no quedaron sólo reducidas á las figuras hieráticas. Se lanzaron desde entonces en esa vía fecunda, en que iban á encontrar en la reproducción de la forma y de las pasiones humanas, en la representación de los grandes hombres y de los grandes hechos de la historia, en la interpretación de los afectos ya preciosos, ya grandiosos, de la naturaleza, en la narración de los costumbres,—material inagotable para sus trabajos. Si se censura á este arte el haber desterrado el cielo de sus concepciones, de haberse rebajado poniéndose al servicio de la realidad, su disculpa será fácil. A esta crítica responderá con la enumeración de nombres ilustres y de las obras maestras de todas las escuelas, colocadas frente á la beata iconografía que decora los modernos templos y que á pesar de la santidad de sus temas no llega á dar ni siquiera la ilusión de arte.

¿Hay necesidad de insistir sobre los prodigiosos cambios que la aplicación de los principios de la ciencia pura ha introducido en el orden social?

Mientras que en otras épocas la industria quedaba librada á procedimientos vagos y empíricos, sin otros factores de perfeccionamiento que el azar ó el genio de algún hombre, hoy se halla por completo subordinada y complementada por la ciencia, y es en esa industria donde el dominio de la ciencia con más seguridad y éxito se ejerce. Los descubrimientos de la física, de la química y de la mecánica han cambiado por completo el aspecto del mundo, han transformado á tal punto las utilidades más sencillas de todas cosas y las condiciones de la existencia, que se puede decir que un hombre del siglo XVIII, sería más extraño en el nuestro, que en el XX. La facilidad de las comunicaciones y la factibilidad en los transportes, gracias al empleo del vapor y electricidad, la imposibilidad de la carestía ó el hambre por el pronto acarreo de cereales y productos de uno ú otro hemisferio;

los objetos de consumo y de vestir (indumentaria) puestos al alcance de todos; la higiene privada mejor comprendida y con más éxito alcanzada, y la pública haciendo muy raras é infinitamente menos mortíferas las terribles epidemias de otros tiempos; todas las acumulaciones materiales realizadas; toda la experiencia adquirida tienden á hacer más llevadera la vida y aumentar su media duración. Hay no solamente más bienestar sino más posibilidad de alcanzarlo.

Veamos lo que ha sucedido con la enseñanza: se puede sin hipérbole calificar de revolución el progreso obtenido en esta materia desde un triple punto de vista: programas, métodos y estudios.

La instrucción primaria obligatoria, gratuita y laica, y complementada en amplísima medida por la educación profesional, permite al niño del pueblo adquirir sólidos conocimientos, que harán de él, al mismo tiempo que un obrero hábil en su oficio, un ciudadano consciente de sus derechos y deberes, constituyendo además el instrumento, gracias al cual podrá elevarse en la jerarquía social y mantener dignamente su puesto. La enseñanza secundaria que aun no ha aprovechado los beneficios de una tan radical reforma, ha comprendido ya que la hora ha llegado de romper con las viejas tradiciones y con el espíritu retrógrado, que hasta ahora la había guiado. Esta enseñanza no es otra cosa, después de todo, que un legado del pasado que ha sobrevivido á las condiciones que lo han hecho nacer; no responde ya á las necesidades presentes. En la edad media en la que no había otra literatura, que la de los antiguos, en la que las ciencias existían apenas, en la que los hombres instruídos escribían en latín el conocimiento de esta lengua era indispensable.

PEDRO BOLONDO.

(Concluirá).

EL PASADO

La tarde calurosa, una tarde infernal de enero se dejaba caer pesada, oprimente, exhalando vahos cálidos de horno caldeado sobre la pequeña salita del colegio.

Las moscas sofocadas revoloteaban zumbando ligeramente en aquella atmósfera silenciosa é inmóvil que cargaba sobre la clase como una plancha de plomo recalentada.

Don Manuel, el maestro, la cabeza inclinada sobre el pecho, con los cabellos amarillentos y escasos ya, secos y revueltos como estopa fina, dormitaba dejando escapar un sordo murmullo, balbuceo maquinal con que se había acostumbrado á disimular sus frecuentes letargos de borracho soñoliento.

Los discípulos, once muchachos apenas diseminados en los viejos pupitres negros llenos de cortaduras, señales y letras labradas á fuerza de cortaplumas, le miraban sonriendo picarescamente, muy cuidadosos de no interrumpir el sueño del maestro que

les daba un descanso inesperado en aquella hora terrible, las dos de la tarde, tan calurosa y pesada.

El que estaba en el pizarrón cuando sorprendiera el sueño a don Manuel, miraba a los demás riéndose con ganas, mientras éstos preparaban pelotillas de papel para hacerle blanco de sus tiros, algo más animados ya ante la prolongación del asunto.

De pronto Orts, el que se sentaba en el extremo izquierdo, junto a la ventana cuyos postigos entornados sumían en suave penumbra la habitación, al estirarse para arrojar una pelotilla hizo correr el banco que chirrió agriamente al rozar el suelo.

Todos echaron la cabeza sobre los libros abiertos, mirando por entre las pestañas a Don Manuel que despertó de pronto gritándoles con su voz ronca que se escapaba arrastrando las silbantes *eses* entre los labios gruesos y blandos.

—¿Qué es eso? ¿Se creían Vds. que yo dormía, acaso? Pues sepan que aunque esté con los ojos cerrados veo muy bien a los jesuitas que meten barullo. ¿Quién he sido el jesuita que movió el banco?

Sólo se oía en la clase el zumbido de las moscas que revoloteaban sofocadas trazando círculos anchos y pesados en el aire cálido. Don Manuel solía despertarse con luna y entonces era más que nunca aficionado a los medios de fuerza para castigar las faltas: por eso ninguno se atrevió a contestar.

El los miraba fijamente, alborotados los anchos bigotes color cobre, siempre contrayendo en un sorber repetido su nariz gruesa y blanduzca que parecía hinchada.

—¿Quién ha sido? ¡Pronto! Ya saben que no me gustan jesuitismos. ¿Usted? dijo adelantándose hacia un muchacho.

—¡No, no!, contestó éste atemorizado cruzando los brazos sobre la frente en ademán de defensa. Fué Orts.

Entonces se dulcificó la mirada de Don Manuel.

—Ah ¿Orts? Cómo es eso!—Usted también quiere hacerse jesuita ahora?

El otro lo miraba algo avergonzado.

—Que no vuelva a suceder. Porque ya va a haber orden aquí. Hasta hoy esto ha sido clase particular, pero de hoy en adelante será colegio, como antes. ¿Se acuerda, Orts?

—Sí señor, respondía Orts maquinalmente, ya acostumbrado a esta pregunta. Orts era el último resto de aquella grandeza pasada, de los tiempos en que Don Manuel reinaba en su colegio sobre doscientos alumnos y se sentaban con él a la mesa ochenta pupilos y siete ayudantes.

Y aquella era la visión desplegada siempre ante Don Manuel; el gran colegio, la actividad febril y ordenada de todas las innumerables clases de idiomas, música, estudios especiales; aquel gran patio lleno de útiles costosos para ejercicios gimnásticos; aquellos brillantes exámenes, grandes días de agitación y triunfos, que congregaban en su establecimiento todo lo mejor de Montevideo, porque pocas eran las familias pudientes que no le hubieran confiado la educación de sus hijos. . .

¡Ah! Qué hermoso, qué hermoso aquel

pasado que no se apartaba un instante de su mente!

Luego había venido el derrumbe, rudo, brutal, completo, imposible de contener, como una hemorragia que se lleva la vida, protegida por la impotencia desesperada de los recursos humanos.

Un día golpeó a un muchacho travieso. Fué demasiado rudo; los padres le acusaron de la herida, intervino la justicia, fue a la cárcel, y todo aquel hermoso edificio que su labor constante había levantado se desmoronó sin dar tiempo a nada, inevitablemente, minado por el descrédito, desvaneciéndose como un bello sueño de diez años.

Entonces el dolor trastornó a Don Manuel se entregó al vicio, buscando en el veneno del alcohol ese consuelo del olvido que oscurece la inteligencia.

Después, dominándose un poco quiso volver a reedificar aquel edificio desmoronado, levantarlo nuevamente bien alto, y fundó nuevamente su escuela. Pero ya no era lo mismo. El descrédito lo había enfriado todo con su certeza y apenas unos cuantos niños acudieron a la llamada, todos desconocidos, nuevos que no le traían ningún recuerdo. Del antiguo gran colegio sólo Orts volvió y Don Manuel, loco de contento, creyendo ver ya otra vez aquellos tiempos brillantes guardó para él todas las debilidades, temeroso de que se fuera, de que lo dejara solo nuevamente.

—Eh. . . somos pocos pero nos entendemos, decía para disimular aquella oculta herida que sangraba siempre, aquel dolor que no cesaba, sintiéndose dominado por la nostalgia del colegio grande, lleno de niños como otrora lo fuera el suyo. Somos pocos pero nos entendemos; así es mejor para todos, repetía. Sin embargo, aquello no adelantaba.

Don Manuel bebía siempre, seguía bebiendo siempre, arrastrado por la costumbre fatal, por aquel engranaje del vicio que no suelta su presa hasta haberla destrozado entre las mil ruedas, de la relajación.

Y sus desvarios de ebrio rebelde al poder enervante del licor, eran siempre una manifestación latente de aquel anhelo que lo consumía inextinguible, arranques vanos como las tentativas que en su ansia de volar haría, para lanzarse al espacio, una ave sin alas.

—Bueno, decía de pronto, despertando de aquella pesada modorra que á veces le dominaba á la hora de la siesta, con los repentinos bríos del impotente que se rebela contra su suerte. Bueno; vayan ustedes diciendo qué carrera eligen, para tenerlo en cuenta.

—A ver usted, Orts, ¿qué quiere ser?

—Médico, decía el otro sonriendo.

—Muy bien.

Y apuntaba, concienzudamente, como quien se propone hacer algo sin mirar obstáculos, fiado en el porvenir, ese padre de las ilusiones: "Orts—Médico".

—¿Y usted? decía á otro.

—Yo. . . abogado.

Muy bien. —"Arellano, abogado" murmuraba siguiendo á la pluma, siempre contrainda con aquel sorber repetido de su nariz gruesa y blanduzca.

— Otro. Usted?

—Médico.

—Médico, repetía él siempre inclinado, apuntando con profunda atención.

Daba lástima mirarlo así, tan inocente, escribiendo muy serio aquellos signos que para él en esos momentos de aliento representaban verdaderamente el porvenir de sus alumnos; daba tristeza verle así, ofreciendo carreras, títulos á sus once muchachos en aquella salita tan pobre, tan humilde, ocupado por unos cuantos pupitres viejos; aquella pieza de clases en que flotaba toda la tristeza de las grandes caídas, donde él veía aletear murmullos de los grandes salones llenos de niños, murmullos hijos de la actividad de cien espíritus jóvenes confiados á su guarda.

Pero Don Manuel no quería pensar en esto, en sus instantes de inocente brío, y una vez concluida la lista decía:

—Bueno; ustedes verán si lo logran; porque ahora vamos á hacer colegio. Ya esto no será más clase particular; será colegio, como antes; ¿Se acuerda, Orts?

—Sí señor.

Era la eterna visión de grandeza que se desarrollaba ante su vista, evocada por el anhelo ardiente de su alma.

Como antes, cuando en su colegio se hacían bachilleres; en su colegio, sí, porque la Universidad sólo le daba el título; y hasta abogados; muchos que ahora tenían chapa á la puerta habían estudiado Derecho en su establecimiento. Oh . . .

Quedaba triste al acordarse de esto, dominado por el anhelo vehemente de volver á aquellos días, con la obsesión de reconstruir aquel pasado de prosperidad, obsesión que le bullía en el alma, como queriendo echarse á volar, expandirse, sér.

Pero el alcohol seguía lentamente su marcha á través de aquel organismo quebrantado, su ascensión hacía el cerebro corroyendo la médula con el veneno que hace olvidar.

Las modorras á la hora de la siesta eran más frecuentes; los desequilibrios de carácter más repetidos . . .

Y el colegio no adelantaba, no marchaba á aquella cúspide de la grandeza soñada. . .

No obstante, un día entraron dos niños más. Don Manuel radiante, decía á los otros.

—¿Lo ven? ahora ya es colegio, colegio se lo había dicho á ustedes.

Preguntó á los recién llegados qué querían ser más adelante, qué carrera los atraía, para agregarlos á la lista.

El menor dijo que quería ser cochero.

—Yo le haré á usted Ingeniero de ferrocarriles, dijo él sonriendo bondadosamente, como seguro de su grande é inocente convicción.

Pero no tuvo tiempo; los niños contaron lo que ocurría: los aletargamientos, las largas horas de somnolencia estúpida, aquel hedor de *caña* que despedía el maestro, y fueron retirados.

Don Manuel que no dejó de comprender la causa de ello, tuvo un arranque de furor. ¡Qué! ¿Los sacaban? ¡Qué rígidos los padres esos! ¡Muy rígidos con los demás! Mientras tanto, cuando él preguntó al mayor de los muchachos, el día que lo mandaron con re-

comendación de larga penitencia por faltar al respeto á su padre, por qué había hecho aquello, respondió el niño: «Porque le quería pegar á mamá! Así vivía aquella gente tan rígida en las costumbres de los extraños!.. Ah jesuitas, hipócritas!..»

Pero á él no le arredraba nada de esto, siempre persiguiendo su sueño anhelado del colegio grande, del instituto en boga. Un día compró en remate bancos largos, bien largos ¡que no cabían en su salita de escuela pobre!

—Ya lo ven, dijo cuando se los trajeron. Ahora vamos á establecer colegio. Ahí están ya los bancos. Los que quieran aprender francés ó inglés, ó gimnasia, que lo digan; los apuntaré. Porque desde mañana principiarán clases de idiomas y de música, dibujo etc., etc., como antes ¿Se acuerda Orts?

¡Ah! Orts. Era el único resto de su antiguo esplendor, el único documento que aún conservaba de aquel pasado feliz.

Por eso, cuando en aquella tarde calurosa, á la salida de clase, Orts, algo avergonzado, quizá sintiendo emoción al abandonarlo, le dijo que no volvería al colegio, que su padre lo retiraba ya, Don Manuel quedó inmóvil, mirándole con sus ojos redondos y llenos de agua, como si lo que oía le hubiera privado del habla.

—¿Cómo! dijo por fin. ¡Usted sale del colegio! ¿Por qué?—No sé... Papá me dijo que le dijese á usted que me sacaba... —Está bien, contestó. Yo hablaré con su papá. Deje no más.

Y siguió con la mirada, con una mirada larga, inmensa, aquel último resto, aquel último recuerdo de ese gran colegio, de su época de brillo y poder, aquella última realidad que alimentaba con su presencia ese ensueño eterno de su corazón, y que en una tarde plácida y majestuosa de verano, de aquella estación que con sus vahos cálidos le hacía recordar más que nunca los exámenes brillantes de otro tiempo,—transponía por postrera vez el umbral de su puerta arrastrando tras sí el último jirón de aquella visión siempre desplegada ante sus ojos ya ensombrecidos por el alcohol.

Y cuando entró, al sentarse á la mesa dijo á su mujer, con voz tan llena de tristeza que daba lástima:

—Orts no vuelve más!

Y aquellas palabras que la noche naciente al descender sobre la mesa en que se enfriaba la comida recogió en su seno gris, eran su sentencia.

Don Manuel escribió cien tarjetas, al padre; inquirió, prometió, pero Orts estaba ya en el Seminario, en otro colegio, y de jesuitas!

Aquello era demasiado. Invo arrebatos de furor, tristezas mortales, desalientos agobiantes. En la clase faltaba algo, y esa falta producía un vacío inmenso en su alma. Instintivamente, cada vez que hablaba, ya por costumbre, de volver á establecer *colegio*, verdadero *colegio*, su mirada se dirigía al sitio abandonado por aquel último testigo de su esplendor de arte, por aquel veterano de sus antiguas victorias, y morían en sus labios las palabras de siempre, el pedido de testimonio que anhelaba su alma, sedienta de consuelo: «¿Se acuerda, Orts?»

Y el alcohol apresuraba su marcha á través de aquel organismo ya infiltrado del veneno que hace olvidar.

La clase iba de mal en peor, abandonada en largos ratos de letargo, de distracción, de tristeza, y las horas transcurrían soñolientas, pesadas, estériles para todos.

Fueron retirándose más niños; ya sólo quedaban siete en los viejos pupitres negros llenos de cortes que las horas de ocio habían multiplicado.

Y Don Manuel, siempre que encontraba á un amigo en la calle, repetía aquello de «Me he mudado otra vez; más abajo...!»

Se mudaban cada dos meses, y cada vez más al sur, más abajo.

Si, más abajo, cada vez más abajo, perseguido por la miseria que lo arrojaba hacia el mar, más abajo; hacia el abismo; como su sér moral que en rápido descenso iba empujado por la relajación hacia el abismo también llena el alma de la tristeza negra del desesperado.

Dominado más y más por el vicio, se hundía con su colegio, que miraba deshacerse sin abandonar aquella esperanza, aquella ilusión, aquel ensueño que él mismo había conseguido ahogar.

—Hasta ahora esto ha sido clase particular. De hoy en adelante haremos colegio, repetía siempre en sus momentos de rebelión contra la pasada desidia que lo aplastaba, contra el aniquilamiento que lo deshacía.

Finalmente fué á parar al sud de la ciudad, cerca del mar, *más abajo*, con los últimos restos de su colegio; tres niños, que aún le quedaban fieles. ¡Ah! Qué amargura, verse así tan abandonado! Lo peor era que los fondos de su nueva casa venían á dar á los fondos de una escuela religiosa para niñas, y aquel murmullo de las clases en actividad, aquellas voces frescas y claras que estallaban esparciéndose en el aire á la hora del recreo le hacían mucho daño, trayéndole á la mente sus recuerdos de otro tiempo, su pasado, el gran colegio, todo lo perdido.

Y cuando al terminar el recreo, todas aquellas vocécitas se elevaban unidas en las aladas notas del himno á María, cantando con inocente unión el cántico de eterna esperanza que dice:

¡Oh María, madre mía,

Oh consuelo del mortal!

amparame y guíadme

á la patria celestial!

entonces solía tener arranques de ira.

—¡Los jesuitas, el jesuitismo, eso es lo que medra!

A pesar de que la enfermedad, el aniquilamiento de la embriaguez lo habían destruido ya, no dejaba de asistir una sola vez á su clase.

Pero un día, un hermoso día de sol, radiante, todo azul, encontró su clase sola, completamente sola; ni un niño ya!

Quedó mirando aquella pieza vacía, fría, muda, en que arrojaba el sol espléndido manchas de luz dorada para alumbrar el abandono completo, rudo, que había sufrido.

¡Ni uno ya!

Los pobres pupitres vacíos, la pieza vacía, su corazón vacío, todo, todo!

Al verse así por primera vez, lloró mirando aquellos bancos que le habían acompa-

ñado tanto tiempo con sus discípulos, ahora abandonados, pelados, crueles en su desnudez.

Y ante tal golpe, toda la historia de su vicio, todo el proceso de su decadencia, toda la continuada acción del veneno del alcohol, todo se desplomó sobre él, y cayó, sentado frente á la clase vacía, en su sitio de director como guerrero indomable que quiere morir al pie de la bandera, fiel á su ley y á su fe.

De allí le recogieron ya perdido, mortificado por un delirio tenaz que le bullía en el cerebro herido, pugnando por salir, por hallar palabras al encontrar sólo balbuceos.

Así duró hasta las doce.

El himno á María que elevaba las voces tiernas de niñas piadosas hacia el espacio azul, hacia el sol espléndido, en aquella dorada mañana, llegó hasta allí, y quizá hasta él, desplegando otra vez ante sus ojos que ya no veían el mundo la vista hermosa del gran colegio lleno de alumnos, del murmullo de las clases numerosas, de los días de triunfo en los exámenes.

Se incorporó un poco, con los grandes bigotes color cobre alborotados, revueltos, ahogando la nariz, hinchada y blanduzca.

—¡Los niños! dijo en medio de su delirio. «De hoy en adelante habrá colegio; sí, haremos como antes...» ¿Se acuerda, Orts?

Y como si sólo hubiera esperado oír por postrera vez aquel canto de la infancia, aquel himno de los niños, de los espíritus jóvenes, á los que había dedicado su vida con los últimas notas que se expandían vibrantes en el ambiente tranquilo que dorbaba el sol, cayó pesadamente sobre la almohada sacudido por el último hipo de la agonía.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

LA SUCESIÓN TESTAMENTARIA

RESUMEN HISTÓRICO (1)

Es de todo punto necesario, antes de examinar las cuestiones que origina la sucesión testamentaria, por lo que dice relación con la legítima principalmente, hacer una reseña histórica, siquiera sea breve y condensada, de la manera como ella ha sido comprendida por los hombres de pasados tiempos, pues que así, amén de enseñarnos la evolución cumplida por esas instituciones sociales que se denominan propiedad, familia y herencia, nos pondrá de manifiesto, los crasísimos errores cometidos por nuestros más reputados legistas, y sobre todo el porfiado contrasentido que se acepta conservando un régimen sucesorio inconciliable con nuestras doctrinas, principios y necesidades.

No entraré, por de contado, á dilucidar si la propiedad, que tan estrechas conexiones tiene con la sucesión testamentaria cuanta es su mayor importancia referida á ella según los problemas que hoy debaten

(1) Introducción á un trabajo jurídico inédito.

los más eminentes jurisperitos y los más elevados éticos, es elemento tan indispensable para la conservación de la sociedad que sin ella, a estar al dicho de Thiers, «no existe seguridad, trabajo ni hay sociedad posible.» Cuestión es esta que no cabe en los reducidos límites de mi trabajo; me limitaré, pues, a seguir la evolución de la propiedad en lo que tenga relación con la sucesión testamentaria, y a dejar sentado, ya que en modo alguno perjudica a las conclusiones y extremos que más adelante sostenga, que ese derecho a las cosas que concede al que lo tiene el *jus utendi, fruendi et abutendi* es legítimo y necesario en la medida que lo entiende el célebre historiador y político francés.

La propiedad, como la sucesión de ella *mortis causa*, no ha estado siempre sometida a idénticas leyes ni parecidos principios. No es necesario mucho trabajo para demostrarlo, y basta recorrer a la ligera el desenvolvimiento de las naciones y pueblos.

Ante todo, ocurre preguntar: ¿cuál es la génesis de la propiedad, y cuál la causa generadora de esa comunidad de bienes que se advierte en todos los pueblos primitivos? ¿cuál es el origen de esa transmisión de la propiedad dentro del seno de la familia, con la particularidad de excluir de ella a las mujeres, y cuál el punto de partida del hombre primitivo para fijar las reglas de la partición?

Nosotros sabemos que en la antigüedad todas las instituciones se fundaban en la religión. El hombre tan pobre de conocimientos científicos cuanto era rico en supersticiones, reflexionó por vez primera cuando el misterio de la muerte se cruzó ante su paso (1). Luego, durante las horas dedicadas del descanso, vinieron los sueños y pesadillas a llenarle de cuidados y miedo, enardeciendo su imaginación, —esa imaginación tan fecunda y creadora en los niños y salvajes, al decir de un eminente psicólogo (2) y despertando en él ideas sobrenaturales y extrañas. Y como todo lo que no puede explicarse racionalmente cae en los dominios de lo fantástico y misterioso, claro está que muy pronto surgió la idea de que el espíritu del difunto, si éste no era encerrado en una sepultura y celebrado con ciertos y determinados ritos, andaría errante por la tierra a fin de castigar a los parientes que faltaran a prácticas tan piadosas (3). Los sueños por su parte, y como queda dicho, vinieron a confirmar esta creencia (4), y es así que vemos toda la importancia que se da al alma que visita a los hombres entre las tribus primitivas, en la misma *Iliada*, cuando Patroclo aparece en sueño a Aquiles, en el sueño de Jacob, en el de José y el de Nabucodonosor en el Oriente, el de César y el de Nerón entre los Romanos, y actualmente entre todas las tribus y pueblos salvajes ó semi salvajes. También la sombra que proyecta nuestro cuerpo preocupó el espíritu a las razas primitivas, enmarañando las ideas en su cerebro

bro y formando la base de toda una religión.

Cuando acaecía alguna desgracia ó cuando una peste diezaba una tribu, la idea de que el alma de los difuntos se vengaba de los vivos por las faltas de éstos, se imponía a todos y entonces trataba de aplacarsele (1). De ahí que los descendientes tributaran al alma de su antecesor toda clase de ceremonias, a fin de captarse la benevolencia de ese espíritu que venía a hablarles en sueños. En cada hogar había los altares correspondientes y ante el cual se conservaba el fuego sagrado: otras veces se inmolaban víctimas en honor del antepasado, ó se le ponía dentro del sepulcro armas y aparejos de pesca para que satisficiera por sí mismo sus necesidades, ó se le servía, como en la India y de acuerdo a lo prescripto por el Código de Manú, la comida fúnebre.

En comprobación de lo que vengo diciendo, he aquí lo que escribe un célebre historiador: «La religión de los muertos parece haber sido la más antigua en la especie humana, porque el hombre, antes de imaginar, para adorarlo, a Indra ó Zeus, adoró a los muertos y les temió y les dirigió súplicas y oraciones. Según parece éste fué el principio del sentimiento religioso y tal vez ante el espectáculo de la muerte fué cuando el hombre concibió su primer idea de lo sobrenatural y cuando llegó a esperar el más allá de lo existente.» (2).

Fácil es, pues, comprender que en los tiempos primitivos, los hombres que tenían un mismo genitor se unieran para rendirle ceremonias, y que, por lo tanto, la institución de la familia, ya bosquejada por el vínculo materno y por los lazos que cierran las necesidades, yudas y defensas comunes, el trabajo y el provecho logrados por igual, se delineara más claramente precisándose los vínculos y coexistiendo—valga la frase—el antepasado entre sus descendientes vivos. Por manera que la familia fué antes que nada una de las primeras consecuencias de la religión, recibiendo de ella sus prácticas y leyes dirigentes. La generación no contaba para nada, y es por demás sabido que la *patria potestas*, la *manus* y el *jus maritalis* no establecieron relaciones sino por medio del derecho romano, relativamente moderno; que el hermano estaba muy distante de la hermana, y que la sucesión se reglaba no por la sangre, sino por el lazo que formaba la religión (un mismo culto) entre dos ó más personas. Y es así que la mujer no tenía personalidad alguna ni derechos ni obligaciones ni culto: bajo el techo paterno como bajo el techo marital era una *cosa*. Los varones eran los únicos eslabones que formaban y continuaban la familia; mientras que las mujeres, destinadas a abandonar un día el techo de su familia para seguir a su esposo y sacrificar en el ara de los antepasados de éste, no podía mantener culto ni servir de eslabón bajo el techo paterno.

De modo y manera que, si aislados de todo lo que se decía extranjero permanecieron los primeros pueblos, más aisladas to-

davía estaban las familias. El círculo de éstas cerrábase continuamente, haciase más y más autónomo é independiente. De esto al establecimiento de la propiedad privada no había más de un paso, y ése muy pronto fué salvado. La tumba de los antepasados no debía ser hollada por planta extranjera y á ese efecto se deslindaron y cerraron los hogares.

Ahora bien; una vez que existía la familia y ésta tenía su hogar, ¿quién sería sino el primogénito el que dirigiera el culto por el padre y abuelos ya muertos y para que á él debieran obediencia y pudiera al mismo tiempo desempeñar sus funciones? ¿no era necesario transmitirle la propiedad? La institución de la patriarqua, que de muy antiguo hubo de suceder á la ginecocracia, imponía esta solución. Por otra parte, numerosas tribus y poblaciones semisalvajes de nuestros días—verdaderos representantes de los hombres primitivos—vienen á confirmar esta teoría. Y en efecto, ¿cómo se verifican las sucesiones entre esas tribus? Spencer nos lo dice claramente, recogiendo minuciosamente los datos que suministran los viajeros, historiadores y revistas científicas: «Antes de que existiera la ley, la costumbre, no menos pe-

VICTOR PÉREZ PETIT.

(Concluirá.)

SUETOS

Agradecemos á autores y editores la remisión de las publicaciones siguientes:

Carlos Blixén—*La Cruzada Libertadora*—Montevideo. Antonio Barreiro y Ramos, editor.—1895—1 folleto de 66 páginas en 8.^o
Juicio de imprenta. *Defensa del director de "El Pueblo" ante el Jurado de Instancia en la acusación entablada por Ramón Cerdeiras sobre injurias.*—Rocha, Imprenta de "El Imparcial". 1895—1 folleto de 40 páginas en 8.^o

La Pesca—Interés que ofrece su reglamentación, por A. Martínez Páez—Rivera. Tipografía y Encuadernación "La France". 1895—1 folleto de 25 páginas en 8.^o

Estatutos del Centro "Guerreros del Paraguay"—Montevideo, 1895—1 folleto de 47 páginas en 8.^o

Enrique Kubly se ocupa en terminar una obra dramática que llevará por título *La Piedra de toque* y cuya primera representación será probablemente desempeñada por la compañía de que forma parte Tina di Lorenzo.

Cumplimos con el deber de retribuir por nuestra parte el atencioso saludo que el nuevo periódico titulado *El Fogón* dirige á sus colegas de la prensa. Están al frente de esa publicación de índole criolla los Sres. Orosman Moratorio y Alcides De-María, á quienes la REVISTA NACIONAL ha contado en el número de sus más distinguidos colaboradores.

Tipó-Lito ORIENTAL, C. Treinta y Tres N.º 112, Montevideo

(1) Gustave Le-Bon, *L'homme et les sociétés*.

(2) Maundley, *Fisiología del Espíritu*.

(3) Herbert Spencer, *Sociología*.

(4) Lubbock, *Los orígenes de la civilización*.

(1) Rialle, *Mythologie comparée*.

(2) Fustel de Coulanges, *La cité antique*.